

OLAVIDE, PABLO DE (1725-1803)

LA FEDRA

Tragedia en cinco actos

PERSONAJES

TESEO, esposo de Fedra.

FEDRA.

ENONE, su Confidenta.

HIPÓLITO, amante de Aricia.

ARICIA.

ISMENA, su Confidenta.

PANOPE.

TERAMENE.

GUARDIAS.

ACTO I

Scena I

HIPÓLITO y TERAMENE.

HIPÓLITO

Ya estoi resuelto, Teramene mío;
voi a partir, y de Trecena dexo
la amable habitación en la cruel duda
que el corazón me agita; ya comienzo
a avergonzarme de mi inútil ocio;
ha ya más de seis meses que mui lejos
de un respetado padre, su destino
descubrir no han podido mis esfuerzos.

TERAMENE

¿Y a qué lugar queréis ir a buscarle?
Ya por satisfacer el orden vuestro
ha corrido mi zelo los dos mares
que Corinto separa, por Teseo.

También he preguntado en las regiones
situadas en la orilla, donde el negro
Acheronte en el Tártaro se pierde;
he visitado la Élide, y corriendo
el Tenate, he pasado hasta las ondas
que de sepulcro a Ícaro sirvieron.
¿Con qué nueva esperanza lisonjera,
en qué dichosos Climas vuestro afecto
pretende ahora buscarle? ¿Ni quién sabe
si vuestro mismo padre con intento
quiere esconder la causa de su ausencia?
Y que mientras nosotros de sus riesgos
aquí temblando estamos, él tranquilo,
y de nuevos amores en el seno
nos procura ocultar su ardiente llama,
y a otra nueva hermosura seduciendo...

HIPÓLITO

Querido Teramene, no prosigas,
y a Teseo respeta; ya su pecho
de sus primeros jóvenes ardores
ha reprimido los ardientes fuegos;
y no creo que pueda detenerle
un obstáculo vil; ha largo tiempo
que habiéndole fijado la inconstancia,
rival no tiene Fedra en sus afectos;
por fin, yo con buscarle habré cumplido
con lo que mi deber me está imponiendo,
y lograré salir de este parage
en que no puedo estar, ni a estar me atrevo.

TERAMENE

¿De cuándo acá, Señor, os importunan
estos países plácidos y amenos,
que tan gratos os fueron en la infancia,
y que habéis preferido, satisfecho,
al tumulto, la pompa y los placeres
de Atenas y la Corte? ¿Pues qué riesgos,
o qué disgusto de ellos os arroja?

HIPÓLITO

¡Ay Teramene! Ya pasó este tiempo;
todo, amigo, mudó desde el instante
que a estos amables Climas envió el cielo
de Pasiphae, y Minos a la hija.

TERAMENE

No digáis más, Señor, que ya os entiendo.
Fedra os disgusta, y choca vuestros ojos;
madrastra cruel os vio siempre su pecho
con aversión, y fue la primer prueba
que dio de su poder, vuestro destierro;
pues el odio con que antes os miraba,
o se ha extinguido, o ya se anima lento;
por otra parte, ¿qué peligro puede
daros una mujer que está muriendo,
y que busca los medios de morirse?
¿Fedra herida de un mal que con empeño
se obstina en ocultar, y ya cansada
de sí misma, del día y sus alientos,
tener contra vos puede algún designio?

HIPÓLITO

Su vana enemistad no es la que temo;
yo parto por huir de otra enemiga,
de esta joven Aricia, último resto
de una sangre a nosotros siempre opuesta.

TERAMENE

¿Qué es lo que oigo, Señor? ¿Pues que vos mismo
también la perseguís? La amable hermana
de los viles Palántides soberbios,
no ha tenido jamás alguna parte
en los delitos pérfidos y fieros
de sus crueles hermanos; ¿y sin causa
debéis odiar su amable candor bello,
sus inocentes gracias?

HIPÓLITO

¡Ay amigo!
Si yo la odiara, no la fuera huyendo

TERAMENE

Señor, ¿os dignasteis de permitirme
que explique de esta fuga lo que pienso?
¿Vuestro genio ha mudado? ¿Por ventura
ya no sois Hipólito sobervio,
enemigo terrible, e implacable
de las leyes de amor y el yugo fiero
que Teseo ha sufrido tantas veces?
¿Venus, la airada Venus, que con ceño
se ha visto despreciar por vuestro orgullo,

por fin justificar quiere a Teseo?
¿Y poniéndoos a vos a un nivel mismo
con los demás humanos, el incienso
os fuerza a derretir en sus altares?
¿Amáis, Señor? Decídmelo sincero.

HIPÓLITO

¿Qué pronuncias, amigo? Tú que has visto
mi corazón desde sus años tiernos,
¿quieres que ahora desmienta indignamente
mis fieros y orgullosos sentimientos?
Tú sabes que no sólo con su leche,
una madre Amazona acá en el pecho
me ha inspirado un orgullo generoso,
un corazón intrépido y alientos;
quando me conocí supe yo mismo
aplaudirme glorioso de tenerlos;
tú entonces siempre unido a mi persona,
con placer me contabas y con zelo,
la historia de mi padre, y sabes cuánto
mi alma atenta a tu voz se iba encendiendo
al escuchar sus ínclitas hazañas,
quando me hacías ver al Héroe excelso
que de la ausencia del invicto Alcides
quedaba consolando al Universo;
esos monstruos feroces destrozados,
los huesos divididos y dispersos
del bárbaro Gigante de Epidauro,
por fin a Creta, que aún se estaba viendo
humear del Minotauro en la impía sangre,
y las demás hazañas de su esfuerzo;
pero luego que tú me referías
hechos menos gloriosos; por exemplo,
su amor tan fácilmente prometido,
y aceptado por cien distintos pechos;
una Elena robada a sus parientes
en el seno de Esparta; a Peribeo,
cuyo llanto correr vio Salamina,
y otros mil corazones que ligeros
supo engañar su ardor, de cuyos nombres
ya ni siquiera puedo hacer recuerdo;
Ariadna, que a las rocas triste cuenta
la bárbara injusticia de su pecho,
y finalmente Fedra, que robada
fue con auspicios de mejor aspecto.
Tú sabes que escuchándote esta parte,

con afán y dolor te iba pidiendo,
que abreviar procurases tus discursos
dichoso yo mil veces, si mi aliento
entregara al olvido esta indecente
mitad indigna de sus altos hechos.
¿Y que pudiera yo verme ligado
a tan infame yugo? ¿Hasta este extremo
pretendieron los Dioses humillarme?
Tanto más despreciable en mis afectos,
quanto a Teseo en fin hace excusable
su mucha gloria, y que ningún perverso
domado por mi brazo hasta este día
de ser débil como él, me da derechos.
Aun quando mi fiereza se ablandara,
¿debiera nunca de mi amante fuego
ser el objeto la inocente Aricia?
¿Pudiera yo olvidarme de el eterno
obstáculo cruel que nos divide?
Mi padre la reprueba, y es su intento
que a sus hermanos no les dé sobrinos;
de esta culpable raza está temiendo
un renuevo, y pretende que su nombre
con esta hermana se sepulte a un tiempo,
y que ella hasta la tumba sometida
a su tutela y leyes de Himeneo,
jamás pueda mirar arder la tea.
Éste es todo su ardor, todo su anhelo;
¿podré yo pues injusto y atrevido
la defensa tomar de sus derechos
contra un padre irritado y poderoso?
A la temeridad daré este exemplo,
y mis jóvenes años prostituidos
a un amor temerario con despecho.

TERAMENE

¡Ah Señor!, si el momento ya ha llegado,
es vano este discurso, porque el Cielo
no viene a consultar nuestras razones;
Teseo os disimula, mas con eso
él os abre los ojos, quando quiere
que los tengáis cerrados, su odio mesmo,
una rebelde llama en vos irrita,
y a su enemiga añade hechizos nuevos;
demás, Señor, ¿por qué un objeto puro
debe inspiraros tan horribles miedos?
¿Por qué no gustaréis de una dulzura,

si es que acaso la tiene? ¿Debe eterno
combatiros escúpulo tan rudo?
¿Podéis tener recelos de perderos,
siguiendo de el grande Hércules las huellas?
¿Quántos sublimes valerosos pechos
no ha sujetado Venus? Y vos mismo,
que ahora la combatís con tanto esfuerzo,
¿qué sería de vos, si siempre Antiope
a sus leyes opuesta por deseo,
no se hubiera inflamado en amor casto?
Mas, Señor, ¿de qué sirven los soberbios
afectados discursos? Confesadlo;
todo se muda, y ya desde algún tiempo
no se os ve tantas veces orgulloso,
o hacer que vuela un carro sobre el suelo,
o practicando sabiamente el arte
que Neptuno inventó: lograr que al freno
se haga dócil indómito caballo;
ya no resuenan tanto nuestros ecos
en las montañas, y hasta nuestros ojos,
aunque pretenden esconder su fuego,
parecen ofuscados y afligidos.
Señor, no hay que dudarlo, vuestro pecho
está ardiendo de amor y triste mueres;
¿porqué pretendes ocultar sus incendios?
¿Es la joven Aricia, la que os supo
este fuego inspirar? Hablad sincero,
vuestra pasión decidme.

HIPÓLITO

Teramene,
en busca de mi padre parto luego.

TERAMENE

¿Y no queréis, Señor, ver a la Reyna
antes de la partida?

HIPÓLITO

Éste es mi intento,
y así bien puedes ir a prevenirlo;
veámosla en fin, pues escusar no puedo
una atención a que el deber me obliga;
¿mas qué desgracia, o qué accidente nuevo
turba así a Enone, que llorando llega?

Scena II

ENONE y dichos.

ENONE

¡Ay Señor!, ¿qué desgracia, qué tormento
puede igualar al mío? Ya la Reyna
está cercana a su postrer aliento;
en vano yo la observo noche y día,
mas en vano la animo y la consuelo;
morir quiere infeliz entre mis brazos
de un mal que disimula su pecho;
el eterno desorden que la agita,
su espíritu conturba, y el inquieto
disgusto que interior la despedaza,
con violencia la arranca de su lecho,
donde quiso volver a ver el día,
pero me ha dado un orden tan severo
de hacer que nadie quede en este sitio,
mas ya viene hacia aquí.

HIPÓLITO

Pues yo me ausento
para dexarla libre, y que no vea
un semblante para ella tan molesto.

(Vase con TERAMENE.)

Scena III

FEDRA y ENONE.

FEDRA

No vamos más allá, querida Enone,
quedemos aquí; ya no puedo
dar otro paso más; me siento débil;
ni puedo ya siquiera sostenerme;
¡ay, mísera de mí!

ENONE

Dioses eternos,
que nuestro triste llanto os compadezca.

FEDRA

¡Quánto me cansan todos estos velos,

estos vanos adornos! ¿Qué importan?
¿Qué necia mano se tomó el empeño
de venir a formarme tantas trenzas,
y juntar en mi frente los cabellos?
Ay, todo me atormenta, me fastidia
y conspira a mi daño.

ENONE

¡Cómo opuestos
sus gestos entre sí se contradicen!
Ahora poco vos misma a componeros
excitabais, Señora, nuestras manos,
vos misma con magnánimo esfuerzo

os queráis mostrar a todo el mundo,
y volver a mirar la luz del Cielo;
ahora la veis, Señora, ¡y ya cansada
la misma luz estáis aborreciendo?

FEDRA

Noble y brillante Autor de una infelice

triste familia; tú numen excelso
de quien mi madre se jactaba hija,
que quizá te avergüenzas del funesto
estado en que me ves; Sol luminoso
por la postrera vez a verte vengo.

ENONE

¿Qué, Señora no habéis de perder nunca
un deseo tan cruel? ¿Vuestro despecho
renunciando a la vida debe siempre
preparar de la muerte los aprestos?

FEDRA

Justos Dioses, ¿porqué no estoy sentada
a la sombra de un bosque el más ameno?
¿Cuándo podré seguir de un polvo ilustre,
seguir con ojos plácidos y atentos,
a un carro que huye con veloz carrera?

ENONE

¡Qué es esto Santos y piadosos Cielos?

FEDRA

Insensata, ¿qué he dicho? ¿Adónde me hallo?
¿Dónde van a extraviarse mis deseos
y mi infeliz razón? Yo la he perdido,

los Dioses me la están obscureciendo;
Enone, la vergüenza me confunde;
yo he dexado ver mucho este funesto
indecente dolor; hasta mis ojos
de llanto a pesar mío se han cubierto.

ENONE

Si de algo debéis tener vergüenza,
avergonzaos sólo de un silencio
que irrita vuestro mal; ¿pues qué, Señora,
siempre rebelde a nuestros tristes ruegos,
siempre sorda al clamor de nuestras voces
queréis ya sin piedad de vuestro aliento
el triste terminar? ¿Cuál es la furia
que le quiere cortar estando en medio
de la feliz carrera? Ya tres veces
ha cubierto la noche con su velo
la luz del día, sin que a vuestros ojos
haya podido introducirse el sueño,
ya otras tres veces el albor del día
ha vuelto a traer la luz sin que alimento
en vuestro cuerpo débil haya entrado;
¿quál es pues vuestra idea? ¿A cuál intento
tan bárbaro y atroz quiere arrojarse
vuestro amargo dolor? ¿Con qué derecho
osáis así atentar contra vos misma?
Vos ofendéis los Números eternos
que los Autores son de vuestra vida;
hacéis traición a vuestro esposo tierno,
y a vuestros tristes e infelices hijos,
a los que vuestra muerte debe luego
sugetar bajo un yugo riguroso;
pensad que el día en que perdieren ellos
a su infelice madre, le renacen
todas las esperanzas de este Reino
al hijo de la bárbara estrangera,
a ese enemigo que lo ha sido fiero
de vos misma y de toda vuestra sangre,
a ese vil hijo que llevó en su seno
una cruel y bárbara Amazona;
a ese Hipólito en fin...

FEDRA

¡Dioses eternos!

ENONE

Esta memoria irrita vuestro enfado;
veo que os enfurece este recuerdo;
y es con razón, Señora.

FEDRA

¡Desgraciada!
¿Qué nombre han pronunciado tus alientos?

ENONE

Muy bien, Señora, vuestro enojo es justo,
y me alegro de ver que vuestro pecho
de horror se llena al escuchar su nombre;
vivid pues, que el amor, que el odio mismo
os haga cuidar más de vuestra vida;
vivid y no sufráis que el hijo fiero
de una barbara Scita, a vuestros hijos
dé sus bárbaras leyes; ni que Imperio
tenga sobre la sangre más ilustre
de la Grecia y los Dioses; mas sea presto,
Señora; no tardéis un solo instante,
que os va cada minuto consumiéndose;
reparad vuestras fuerzas abatidas
ahora que todavía vuestro aliento
está durando, y puede restaurarse.

FEDRA

Yo he prolongado, Enone, con exceso
la duración de mi culpable vida.

ENONE

¿Qué terrible voraz remordimiento
os destroza así el alma? ¿Qué delito
puede causar en vos tanto despecho?
En la inocente sangre vuestras manos
no se han manchado.

FEDRA

No, gracias al Cielo;
mis manos hasta aquí no han sido reas;
ojalá, Enone mía, que en el pecho
viera a mi corazón tan inocente.

ENONE

¿Qué proyecto tan bárbaro y funesto
habéis imaginado que así turba
a vuestro corazón?

FEDRA

Ya mi tormento
te ha dicho lo bastante, no me estreches
a decir lo demás; mira, yo muero
por ocultar secreto tan horrible.

ENONE

Morid pues, y ocultad vuestro secreto;
pero para que cierren vuestros ojos
otras manos buscad, pues aunque veo
que os queda apenas una débil vida,
yo con la muerte encontraré primero
mil caminos abiertos que a ella guían,
y sabrán mi dolor y mi despecho
escoger los más cortos. Inhumana,
¿os ha engañado nunca mi leal zelo?
¿No os acordáis de que estos brazos mismos,
quando visteis la luz, os recibieron?
Yo he dexado por vos patria, parientes,
y aun mis hijos también; ¿y éste es el premio
que a mi fe y a mi amor habéis guardado?
¡Qué injusta paga de un amor inmenso!

FEDRA

¿Qué fruto has de sacar querida Enone,
de saber este bárbaro secreto?
Tú temblarás de horror si yo me explico.

ENONE

¿Y qué podéis decirme, ¡Santos Cielos!
que no ceda al horror de estar temblando
de que espiréis aquí a mis ojos mismos?

FEDRA

Quando tú sepas mi feroz delito,
yo moriré igualmente, mas mi aliento
morirá más culpado.

ENONE

¡Oh Dios! Señora,
(De rodillas.)
por estas infieles lágrimas que vierto,
por estas mismas débiles rodillas
que aquí abrazadas tiene mi respeto,
sacadme de una duda tan funesta.

FEDRA

¿Tú lo quieres? Levántate.

ENONE

Ya atiendo.

FEDRA

¿Qué la podré decir? ¡Cielos Divinos!

¿Por dónde he de empezar?

ENONE

A mi leal zelo

no ofendáis con injustas desconfianzas;

acabad, descubridme vuestro pecho.

FEDRA

¡Oh venganza de Venus ofendida!

¡Oh cólera terrible! ¡Quántos yerros;

costó el amor a mi infelice madre!

ENONE

Olvidadlos, Señora, y que el silencio

sepulte para siempre entre sus sombras

este funesto y trágico recuerdo.

FEDRA

Hermana Ariadna, ¿qué pasión funesta

tuviste hasta la orilla, en que Teseo

te dexó perecer abandonada?

ENONE

¿Qué hacéis, Señora? ¿Qué feroz despecho,

qué rabia atroz contra la sangre vuestra

os está ahora cruel enfureciendo?

FEDRA

¿Qué es lo que quiere Venus de esta sangre

tan infelice toda? ¡Yo perezco,

la postrera y la más desventurada!

ENONE

¿Estáis enamorada?

FEDRA

¡Santo Cielo!

Yo sufro de el amor de todas las furias.

ENONE
¿Por quién?

FEDRA
Tú vas a oír el complemento
de todos los horrores; sí... yo adoro...
a este nombre fatal palpito y tiemblo...
Yo adoro...

ENONE
¿A quién, Señora?

FEDRA
Tú lo conoces...
¡Oh Dioses! (¡de nombrarle me estremezco!)
Al hijo de la bárbara Amazona
a este Príncipe a quien por largo tiempo
yo atormenté...

ENONE
¿A Hipólito, Señora?
¿A Hipólito? ¡Qué horror! ¡Que estoy oiendo?

FEDRA
Tú le has nombrado.

ENONE
¡O Dioses! En las venas
se me ha helado la sangre; ¡o cruel despecho!
¡Oh delito feroz! ¡Oh triste Reyna!
Orilla desgraciada, viage adverso,
¿por qué ha querido traernos el destino
a tan terrible y peligroso suelo?

FEDRA
Mi mal es más antiguo; yo me había
sugetado a las leyes de Himeneo;
deseosa con el hijo ya contaba
poder vivir con días más serenos;
Atenas me hizo ver a mi enemigo;
le vi, me avergonzé, me faltó aliento,
se me turbó el color; y una terrible
confusa turbación sentí en el pecho;
mis ojos no veían, ni mis labios

podían respirar, y a un mismo tiempo
helar y arder el cuerpo me sentía;
yo conocí por mis ardientes fuegos
de Venus la venganza (cruel martirio)
de una sangre infeliz que ve con ceño,
yo pretendí aplacarla con frecuentes
devotos sacrificios; la hice un Templo,
yo misma me encargué de sus adornos
me dediqué a su culto con esmero;
y estando a todas horas rodeada
de Víctimas sagradas, en sus senos
buscando andaba mi razón perdida
de un incurable amor vanos remedios
inútilmente en el Altar suntuoso,
mi amor arder hacía el puro incienso
quando invocaban mis porfiados labios
el nombre de la Diosa, ya en el pecho
a Hipólito adoraba, y en el mismo
pie del Altar que consagró mi zelo,
sacrificaba fiel todos mis votos
a el Dios que idolatraban mis afectos,
de que traté de huirle; mas en vano,
en vano lo intenté; mis ojos mismos
lo hallaba de su padre en las facciones;
finalmente, tan fuerte fue mi esfuerzo
contra mí misma, que para olvidarle
me hice fuerza, y le estuve persiguiendo,
y por lograr quitarme la memoria
el disgusto afecté de una madrastra;
no descansé pidiendo su destierro,
y mis eternas quejas arrancarle
de los paternos brazos consiguieron;
entonces respiraban, fiel Enone,
y después de su ausencia iban corriendo
mis días más tranquilos e inocentes,
sometida a mi esposo, y en lo interno
sepultando mis males, cultivaba
los frutos que me daba su Himeneo;
pero, ¡oh vanos afanes! A Trecena
llamado por mi esposo, vi de nuevo
al enemigo que alejar quería;
y las tristes heridas de mi pecho
muy frescas todavía y muy recientes,
a brotar sangre otra vez volvieron;
es Venus toda de su presa asida;
y conozco mi error; sé todo el tedio

que merece mi llama, y la he tomado
aversión a mi vida, odio a mi fuego;
muriendo pretendía que quedase
ignorado mi amor, y que a lo menos
se olvidara mi gloria de esta mancha;
tus instancias, tus lágrimas y ruegos
me han vencido; por fin ya te lo he dicho,
Enone, todo; y no, no me arrepiento
con tal de que respetes de mi muerte
la triste intermediación; y mi ardor ciego
no aflijas con baldones y que dexes
de querer con inútiles esfuerzos
animar otra vez la débil vida,
que puede ya tener muy poco aliento.

Scena IV

PANOPE y dichas.

PANOPE

Yo quisiera ocultaros una horrible
noticia dolorosa; pero debo
decíroslo, Señora, porque puede
aprovecharos; vuestro esposo ha muerto;
sólo vos ignoráis esta desgracia.

ENONE

¡Panope! (¡Santo Dios!) ¿Qué estás diciendo?

PANOPE

Que a los Cielos la Reyna pide en vano
la vuelta de Teseo, y que en el puerto
han entrado navíos, que ahora han dado
a Hipólito un aviso tan funesto.

FEDRA

¡Justos Dioses!

PANOPE

Atenas se divide
para escoger su Rey; los que son rectos,
al Príncipe vuestro hijo dan sus votos;
los otros, olvidando de este Reyno
las leyes más sagradas, quieren darlos
a Hipólito, en quien no hay ningún derecho;

también se dice que un partido injusto
trabaxa por hacer que obtenga el cetro
Aricia, y la vil sangre de Palante;
yo, Señora, creí que mi leal zelo
debía de todo esto preveniros,
para que os gobernéis en tanto riesgo;
ya Hipólito está pronto a la partida,
y se teme que arrastre a todo el pueblo.

ENONE

Panope, está muy bien, la Reyna te oye,
y esto podrá servirla de gobierno.

(Vase Panope.)

Scena V

FEDRA y ENONE.

ENONE

Señora, yo dexaba de rogaros
conservaseis la vida, y mis afectos
pensaban en seguiros a la tumba,
para apartaros de tan cruel intento
ya no tenía voz; pero este horrible
tan imprevisto y trágico suceso,
otras leyes os da; vuestra fortuna
es diferente, y ya varió de aspecto.
El Rey ha fallecido, y es preciso
que ocupéis su lugar; un niño tierno
debe ser hoy vuestro único cuydado;
si él os pierde, es esclavo desde luego;
si vos vivís es Rey; ¿quién es quien debe
si vos faltáis cuydar de sus alientos?
¿Qué mano enjugará su tierno llanto?
Sus gritos inocentes en el Cielo
pondrán la voz y allí contra su madre
irritarán a todos sus abuelos;
vivid, ya no tenéis baldón alguno
que haceros a vos misma; vuestro afecto
es como otro cualquier, vuestro esposo
ha roto con su muerte ya el estrecho
que lo hacía culpable, y ya su hijo
no os debe ser temible, y podéis verlo
sin haceros por esto delinquente;

tal vez él amotina a todo el pueblo
porque os juzga enemiga; prontamente
idlo a desengañar con dulce acento;
desarmad su valor; Trecena es suya,
él sin duda Señor es de este Reyno,
pero sabe también que a vuestro hijo
señalaron las leyes los soberbios
muros que hizo Minerva; en fin vosotros
tenéis una enemiga; id de concierto,
y combatid a Aricia los dos juntos.

FEDRA

En fin, Enone, sigan tus consejos;
vivamos, si es posible que a la vida
me pueda restituir, y si un esfuerzo
del maternal amor conseguir puede
que se anime otra vez mi poco aliento.

ACTO II

Scena I

ARICIA y ISMENE.

ARICIA

¿Tú me dices que Hipólito desea
verme en este lugar? ¿Y que es su intento
despedirse de mí? Responde Ismene.

ISMENE

Sí Señora, y éste es primer año
de la trágica muerte de su padre;

ya os podéis preparar a ver muy presto
que vuelvan hacia vos los corazones
que os desviaba la saña de Teseo;
ya finalmente la Princesa Aricia
de su suerte es el árbitro, y yo creo
que a sus pies verá en breve a Grecia toda.

ARICIA

¿Con que el rumor ha sido verdadero,
en fin, Ismene, ya no soy esclava?

ISMENE

No, Señora, benévolos los Cielos
a Teseo han unido con los Manes
de tanto desgraciado hermano vuestro.

ARICIA

¿Mas se dice el motivo de su muerte?

ISMENE

Se han sembrado rumores muy adversos.
Unos dicen que habiendo a otra querida
robado nuevamente, en el mar fiero
aquel esposo infiel se ha sumergido;
otros publican (y éste es el suceso
que más crédito logra) que al Cocito
baxó con Peritoo; que vio el Infierno
y sus negras orillas; que viviente
le miraron las sombras del Aberno;
pero que cuando quiso ya no pudo
salir de aquellos márgenes funestos,
ni volver a pasar la triste orilla
de que nunca se vuelve.

ARICIA

¿Pero puedo
pensar yo que un mortal penetrar logre
la habitación profunda de los muertos
mientras en vida está? ¿Ni qué motivo
a cotos tan temidos pudo atraerlo?

ISMENE

Teseo ya murió; vos solamente
queréis dudarle; Atenas está en duelo;
Trecena ya lo sabe, y reconoce
a Hipólito por rey; Fedra en secreto
con tal noticia absorta y consternada
por su hijo tiembla, y les está pidiendo
dictamen y socorro a sus amigos.

ARICIA

¿Y tú piensas que Hipólito será tierno,
más humano conmigo que su padre,
quiera hacer mis pesares más ligeros?
¿Que tendrá compasión de mis desgracias?

ISMENE

Sí Señora, de Hipólito lo creo.

ARICIA

¿No conoces a su ánimo insensible?
¿En qué fundas los frívolos consuelos
de que me compadezca, y que en mí sola
respete a un sexo el qual mira con tedio?
Tú has visto cómo busca los lugares
donde no nos hallamos, y que ha tiempo
que huyéndonos está.

ISMENE

Yo sé, Señora,
todo lo que se dice de su genio
y fría sequedad; pero he observado
con estudio a este Hipólito severo
quando os hablaba, y no me ha parecido
tan arrogante, tan altivo y fiero,
como la fama dice; a las primeras
miradas vuestras observé su aliento
turbado y confundido, y que sus ojos
que hicieron al principio un vano esfuerzo
para evitaros, tiernos y amorosos
después no hallaban modo de no veros;
quizá el nombre de amante es el que choca
a su orgullo tenaz; pero yo creo
que si no son de amante sus palabras,
de muy amante son sus ojos tiernos.

ARICIA

Cómo mi corazón, querida Ismene,
de complacencia y de contento lleno,
escucha ansiosamente ese discurso;
aunque quizá no tiene fundamento;
querida amiga, tú que me conoces,
¿pudiste imaginar que yo, (que objeto
he sido siempre de una infausta suerte),
que un triste corazón siempre deshecho
en llanto y amargura, al fin debiese
conocer el amor y sus incendios?
Yo sola de las furias de la guerra
he salvado la vida, último resto
de la sangre infeliz de un Rey ilustre;
yo he visto perecer en poco tiempo,
y en la flor de su edad, a seis hermanos

de una casa en que apoyo tan sobervio,
el fiero destructor los segó a todos,
la tierra vio inundar su triste seno,
y a su pesar bebió la ilustre sangre
de los nobles sobrinos de Ericteo;
bien sabes que después una severa
y vigilante ley, a todo Griego
aspirar a mi mano le prohíbe;
se temerá sin duda que el incendio
de la hermana animar pudiera un día
de sus hermanos el cadáver yerto;
pero sabes también con qué desdenes
ha visto mi altivez estos empeños
de un vencedor injusto y receloso;
y que el amor mi pecho siempre opuesto,
el rigor de Teseo agradecía,
pues sin pensar servir a mis deseos
entonces, fiel Ismene, no habían visto
mis ojos a su hijo; no por esto
pienses que por la vista enamorada
quedé de la belleza y los talentos
que todos tanto alaban; dones nobles
con que el Cielo le adorna, mas que él mismo
o con desprecio trata, o los ignora;
no, Ismene, yo amo en él, en él aprecio
calidades más dignas; las virtudes
que en su padre se ven son sus defectos;
yo amo, te lo confieso, ese orgulloso
corazón que jamás al yugo fiero
de amor se ha sugetado; en vano Fedra
se honra con los suspiros de Teseo;
yo más altiva soy, y así no estimó
la gloria fácil de obtener un pecho
que a otras se ofrece, ni de hallar entrada
en corazón que a muchos está abierto;
sólo a mi orgullo lisongear podían,
sugetar un valor nunca sugeto,
rendir un corazón que era insensible,
y hacer que sienta el amoroso fuego;
poner fuertes cadenas a un cautivo,
que sorprendido de mirarse preso,
en vano pretendiera revelarse
contra un yugo que él mismo está queriendo;
esto es a lo que aspiro; esto pudiera
irritar la ambición de mis deseos;
Hércules mismo, Ismene, era más fácil

de desarmar que Hipólito; y su pecho
unas veces (sojuzgando) menos gloria
daba al amor con sus suspiros tiernos;
pero, ¡ay Ismene!, ¡quál es mi imprudencia!
Demasiado quizá su orgullo fiero
resistirá al amor, y tú algún día
me oirás gemir humilde en mis lamentos
de lo mismo que ahora en él admiro.
Mas qué, ¿será posible, Santos Cielos,
que Hipólito me quiera? ¿Por qué dichas
pueden haber logrado mis afectos
vencer un corazón?

ISMENE

Señora, él mismo
os lo dirá, pues viene hacia este puesto.

Scena II

HIPÓLITO y dichas.

HIPÓLITO

Antes, Señora, que de aquí me ausente,
le pareció preciso a mi respeto
advertiros de todos mis designios;
ya mi padre murió, bien mis recelos
adivinaban la razón funesta
de una ausencia tan larga, y de el silencio
en que estaba su nombre sepultado,
porque sólo la muerte sus excelsos
y sublimes trabajos terminando,
lo podía ocultar tan largo tiempo;
en fin crueles los Dioses entregaron
a la homicida parca, al compañero
y fiel amigo y sucesor de Alcides;
por elección a sus virtudes oye
estos nombres debidos a sus hechos;
en la mortal tristeza que me aflije
sólo me anima un plácido consuelo
y es, Señora, que puedo libertaros
de una austera Tutela; desde luego
yo revoco una ley que antes sentía;
ya soy de vuestra suerte único dueño;
y en Trecena que ya reconocido
me tienen por su Rey, pues de mi Abuelo

la herencia debe ser; ya sois, Señora,
tan libre, y aún más libre que yo mismo.

ARICIA

¡Ay Señor!, moderad tantos favores
que pueden oprimirme con su exceso;
esas tan generosas intenciones
me sugetan con modo más estrecho
a las leyes austeras, de que ahora
pretende dispensarme el favor vuestro.

HIPÓLITO

Atenas todavía se divide
para escoger su Rey; me nombra el pueblo;
del hijo de la Reyna, y de vos hablo.

ARICIA

¡De mí, Señor!

HIPÓLITO

Bien sé, sin que mi aliento
me pueda lisongear, que una severa
y mui estrecha ley, todo derecho
prohibirme pretende, y que la Grecia
me baldona un origen estrangero;
pero, Señora, si mi hermano solo
me disputara el Reyno, sobre él tengo
legítimos derechos, que mi brazo
ayudado de amigos y del pueblo
salvará del capricho de las leyes;
otro freno más justo de mi esfuerzo
detiene la osadía; y yo, Señora,
con alborozo, con placer os cedo,
o para hablar mejor os restituyo
el cetro que otra vez vuestros Abuelos
recibieron de aquel mortal sublime,
de aquel Héroe magnánimo y excelso
que en sus entrañas concibió la tierra
y entre las manos del valiente Egeo
lo puso la adopción; después que Atenas
recibió de mi padre sus aumentos,
viéndose mejorada y protegida,
reconoció con gusto el dulce imperio
de un Rey tan generoso, y al olvido
entregó a todos los hermanos vuestros.
Ahora la misma Atenas a sus muros

os llama con fervor y leal zelo,
ya ha sufrido bastante, demasiado;
sus surcos infelices y funestos,
empapados en vuestra ilustre sangre
han hecho humear aquel mismo terreno
de que había salido; ya Trecena
me reconoce por un solo dueño;
las campañas de Creta ya le ofrecen
al hijo de la Reyna, así lo quiero,
y le dan una rica retirada;
el Ática, Señora, desde luego
es vuestro patrimonio, y sólo parto
a ver si conseguir puede mi zelo,
que se reúnan en vos todos los votos
que entre los tres están ahora dispersos.

ARICIA

¡Ay Señor!, espantada, confundida
de todo lo que oigo, casi temo
que éste no sea un sueño que me engañe;
¿estoy despierta? ¡O Dios! ¿Segura puedo
estar, designio tan noble y generoso?
¡Qué Dios, Señor, qué Dios tan alhagüeño
os lo pudo inspirar? ¿Quién justamente
vuestra gloria decanta al Universo?
¡Cuánto a la fama la verdad excede!
Que, Señor, ¿vos queréis un grande Imperio
perder en favor mío? ¿No bastaba
no aborrecerme? Haber tan largo tiempo
reservado vuestra alma de la injusta
violenta enemistad...

HIPÓLITO

¿Yo aborreceros?
¡Oh, Señor!, por más que os hayan dicho
de mi fiereza, ¿habéis hecho concepto
que naciese del vientre de algún monstruo?
¿Qué costumbres salvages, qué odio fiero
endurecido y cruel no se acabara
desde que viera los encantos vuestros?
He podido yo mismo resistirme
el hechizo divino y alhagüeño...

ARICIA

¿Qué, Señor?

HIPÓLITO

El amor me ha transportado,
ya he dicho mucho; mi impetuoso fuego
arrastra mi pasión y la despeña;
pero pues he empezado de el silencio
la clausura a romper, fuerza es, Señora,
proseguir y deciros un secreto
que mi encendido corazón no puede
en su seno ocultar más largo tiempo.
Vos veis, Señora, un Príncipe infelice,
hecho terrible y memorable exemplo
de un temerario orgullo; yo que siempre
de las llamas de amor contrario, fiero,
insultaba feroz a las prisiones
de sus viles cautivos, que sintiendo
de los ciegos y débiles mortales
los míseros naufragios, desde el puerto
creía ver sus crueles tempestades;
a las comunes leyes ya sugeto,
me siento transportar por una llama,
la cual de mi razón me pone lejos;
un momento ha rendido mi imprudente,
mi bárbara osadía, y este pecho
tan sobervio y feroz, se halló cautivo
ha cerca de seis meses, que trayendo
conmigo el dardo cruel que me destroza,
lidio con vano y vergonzoso esfuerzo
contra mí y contra vos; si estáis presente
huyo de vos; y estando ausente os veo;
vuestra imagen sigue hasta en las breñas
del bosque inculto, el resplandor del Cielo,
la noche y quanto miro me presentan
el mismo encanto de que estoi huyendo;
en todo está sugeto a vuestras leyes
el infeliz Hipólito; yo mesmo
me busco y no me hallo; ya mi arco,
mis flechas y mi arco me dan tedio;
ya no me acuerdo más de las lecciones
que Neptuno me dio; más tristes ecos
son los sonos que se oyen en el bosque;
mis caballos ociosos largo tiempo
hasta el son de mi voz han olvidado;
quizá, Señora, al oírme tan grosero,
tan salvage discurso, os da vergüenza
el poder inspirar tan rudo fuego;
¡que explicación tan torpe para un alma

que os ofrece su amor! ¡Qué prisionero tan rústico y feroz para la dulce cadena amable que os está pidiendo! Pero pensad, Señora, que la ofrenda no os debe parecer sólo por esto menos grata; mirad que estoi hablando en un idioma para mí extranjero, y no es bien despreciar por su lenguaje una pasión vehemente, que mi pecho jamás sin vos hubiera concebido.

Scena III

TERAMENE y dichos.

TERAMENE
Señor, la Reyna viene, y mi leal zelo procuró adelantarte, por deciros que buscándoos está.

HIPÓLITO
¿Cuál es su intento?

TERAMENE
No sé, mas han venido de su parte a preguntar por vos; a lo que pienso antes de la partida querrá hablaros.

HIPÓLITO
Fedra, ¿qué la diré? ¡Dioses eternos! ¿Qué quiere ella conmigo?

ARICIA
Señor, ahora no la podéis negar este consuelo, y aunque estáis convencidos de la ardiente enemistad que os tiene, algún afecto de compasión debéis a sus dolores.

HIPÓLITO
Mas entre tanto vos os vais muy lexos, y yo habré de ausentarme sin que sepa si ofendo a los encantos que venero, y si un rendido corazón amante que abandonado en vuestras manos dexo.

ARICIA

Partid, Señor, partid; y seguid siempre
vuestros nobles magnánimos intentos;
yo acepto todos vuestros altos dones,
pero sabed, Señor, que el de este Imperio,
aunque tan grande sea, y tan ilustre,
no es el que miro con mayor aprecio.

(Vase con ISMENE.)

Scena IV

HIPÓLITO y TERAMENE.

HIPÓLITO

¿Teramene, está todo prevenido?
Mas ya llega la Reyna; vete presto
y dispón la partida; haz prontamente
que te dé la señal; anda al momento,
ordena, mueve y líbrame quanto antes
de un discurso que debe ser molesto.

(Vase TERAMENE.)

Scena V

FEDRA, HIPÓLITO y ENONE.

FEDRA

Enone, ves allí; toda la sangre
se me retira al pecho, y no me acuerdo
de lo que iba a decir quando le miro.

ENONE

Dexad, Señora, ya esos pensamientos,
y acordaos de un hijo en que vos
tiene esperanza de encontrar consuelo.

FEDRA

Oigo, Señor, que un viage apresurado
os ausenta de aquí; por eso vengo
a juntar mi dolor con vuestro llanto,
y a deciros que está mi pecho inquieto

por la suerte de un hijo; el infelice
ya ha perdido a su padre; no está lejos
el día en que verá mi infausta muerte;
terribles enemigos, desde luego
a perseguir su infancia han empezado;
sólo vuestro alto generoso esfuerzo
puede tomar contra ellos su defensa,
pero, Señor, un cruel remordimiento
turba mi corazón y le confunde,
pues temo que a sus míseros lamentos
yo misma os he cerrado los oídos,
yo recelo, Señor, que sea el objeto
de vuestras justas iras, y que pagar
las culpas de su madre el hijo tiene.

HIPÓLITO

Señora, yo no tengo alma tan baja.

FEDRA

Quando me aborreciera vuestro ser
no debiera quejarme, fueran justas
vuestras iras, Señor, pues tiempo
os persiguió mi saña, y vuestros ojos
no veían el fondo de mi pecho;
os traté como bárbara enemiga;
ni permití os quedaseis en el suelo
que era mi habitación, y declaré
contra vos siempre en público y aun
quise que un ancho mar nos dividiera;
aun no contenta, di orden mui estricta
de que nadie os nombrase en mi presencia;
ved que nada os encubro; con todo,
si los castigos deben ajustarse
a los agravios; si vuestro odio fiero
sólo merece la que os ve con odio;
jamás muger en todo el Universo,
pide vuestra piedad, Señor, más digna,
ni menos digna fue del odio vuestro.

HIPÓLITO

Yo no ignoro, Señora, que una madre
que mira por sus hijos con sus zelos,
perdona rara vez al de otra esposa;
los sinsabores y desabrimientos
de un segundo Himeneo son el fruto;
cualquiera otro sin duda haría lo mesmo,

y quizá me hubiera hecho más ultrajes.

FEDRA

¡Ay señor! ¡Quánto el hado, quánto el cielo
con quien ahora atestiguo, de esas leyes
me ha querido exceptuar! ¡Y qué diverso
es el afán que el pecho me debora!

HIPÓLITO

Pero, Señora, todavía no es tiempo
de afligiros así; tal vez no es cierta
la noticia infelís, y puede el Cielo
su vuelta conceder a nuestro llanto.
Neptuno le protege con empeño,
y este su natural Numen sagrado
no hará que vanos sean nuestros ruegos.

FEDRA

No se ven las orillas infernales,
Señor, dos veces; y pues ya Teseo
vio sus oscuros cotos, es inútil
esperar que ningún Numen excelso
lo vuelva; que Acheronte siempre avaro
no abandona su presa; mas su aliento
no está muerto sin duda, pues respira
continuamente en vos, y tener creo
delante de los ojos a mi esposo;
sí, yo le veo, le hablo, y en anhelo...
¡Mas Dioses!, yo me pierdo y mi ardor loco
se quiere declarar a mi despecho.

HIPÓLITO

De vuestro vivo amor, Señora, admiro
el ardor singular; aunque a Teseo
lloráis difunto, ya de vuestra vista
no se aparta jamás, y vuestro pecho
conserva sus afectos encendidos.

FEDRA

Sí, Príncipe, yo me ardo yo me quemo
en amor de mi esposo, yo le adoro,
no tal como le han visto los Infiernos,
idólatra voluble de hermosuras,
que con ligero y vacilante afecto,
hasta de el Dios que al Tártaro preside
va a deshorrar y prostituir el lecho,

sino constante, fiero y algo rudo,
arrastrando tras de sí todos los pechos
como suelen pintar a nuestros Dioses;
y finalmente tal como yo os veo;
él tenía vuestro aire, vuestros ojos,
vuestro modo de hablar y hasta ese tierno
inocente pudor a su semblante
daba también un colorido bello,
quando llegando a Creta de la llama
de las hijas de Minos fue el objeto;
¿por qué entonces, Señor, no habéis venido?
¿Por qué Teseo a tantos Héroeos Griegos
congregó sin que Hipólito estuviera?
¿Por qué vos todavía joven tierno
no pudisteis venir en el navío
que lo condujo a nuestro triste puerto?
Por vos sin duda hubiera perecido
aquel monstruo terrible; sí; aquel fiero,
aquel bárbaro monstruo; sin embargo
del laberinto lóbrego e inmenso,
que era su obscura y triste retirada,
para girar sin intrincados senos,
mi hermana hubiera armado vuestra mano
con el hilo; mas no, porque mi afecto
se hubiera adelantado; amor, sin duda,
inspirado me hubiera el pensamiento.
Yo, Príncipe, yo soi la que oficiosa
os hubiera enseñado los senderos
de el laberinto. ¡O Dioses! ¡Quánto susto
me hubiera a mí costado! ¡Qué recelos,
el cuidado de la vida tan preciosa!
Pero un hijo no hubiera de mi pecho
calmado la inquietud, pues mis afanes
querrían del peligro compañeros,
marchar allí con vos yendo delante;
de modo que, enlazada en común riesgo
nuestra suerte, se hubiera libertado
con vos Fedra, o con vos hubiera muerto.

HIPÓLITO

¿Qué es lo que escucho, Cielos soberanos!
Pues qué, ¡olvidas, Señora, que Teseo
es mi padre, y también vuestro marido?

FEDRA

¿Y sobre qué juzgáis que no me acuerdo?

Pues qué, Príncipe, ¿acaso yo he perdido todo el cuidado que a mi gloria debo?

HIPÓLITO

Perdonadme, Señora, ya conozco con rubor que acusaba torpe y necio un discurso sencillo; me avergüenza, no puedo sostener más vuestro aspecto, y voy...

FEDRA

¡Ah ingrato!, finges que no entiendes, y demasiado entiendes mi tormento; a mi pesar mi corazón tan dócil te ha explicado su ardor, pues por entero conoce a Fedra y todos sus furores; yo te adoro, mas no pienses por eso que apruebo mi pasión, y que yo misma tenga por inocentes mis afectos; tampoco pienses que haya fomentado mi infame complacencia este vil fuego, esta llama voraz que me debora de celestial venganza, triste objeto; yo me aborrezco más, tengo a mí misma aún más horror del que me estoy teniendo; bien lo saben los Dioses, esos Dioses que han encendido en mi infelice pecho este ardor destructor de mi familia; esos Dioses crueles que se han hecho una gloria feroz y sanguinaria de seducir el corazón ligero de una simple mortal; tú mismo puedes acordarte de todos mis esfuerzos; yo no me he contentado con huirte, te he desterrado con rigor violento; pretendí que me vieses perseguirte; parecer a tus ojos monstruo fiero, por poder resistirte con más fuerza; en fin, buscaba tu aborrecimiento; ¿y de qué (justos Dioses) me ha servido tan duro afán? Yo no te amaba menos, y tú me odiabas más; todos tus actos eran para mi vista encanto nuevo; yo he sufrido por fin, me he aniquilado con mi fuego y mi llanto, y desde luego debieran persuadértelo tus ojos,

si tus ojos pudieran un momento
en mi vista pararse... ¿mas qué digo?
¿Esta declaración que ahora te he hecho
te imaginas que sea voluntaria?
Errante, llena de ansias y de zelos
por la suerte de un hijo a quien creía
este oficio deber; mi único intento
fue pedirte que no le aborrecieras,
proyecto débil de un amante pecho
lleno de lo que adora... ¡Ay de mí triste!,
yo sola pude hablarte a ti mismo;
véngate pues, castiga en mí la injuria
de amor tan detestable y tan perverso,
hijo digno del Héroe respetable
a quien debes la vida y el esfuerzo;
liberta al Universo de este monstruo.
¡Santos Dioses! ¡La Viuda de Teseo
osa querer a Hipólito su hijo!
Un monstruo tan horrible debe presto
aspirar por tu furia vengadora;
ve aquí mi corazón, y por el medio
debe herirle tu brazo que impaciente,
porque te expíe su delito horrendo,
se adelanta al encuentro de tu brazo;
traspásamele pues, y si mi pecho
no es digno de tus golpes, si a tu oído
le parece mui digno este tormento;
o si no quieres empañar tu mano
en sangre tan inmunda, por lo menos,
si no tu brazo, préstame tu espada;
dámela pues, y aquí...

ENONE

¡Qué es esto Cielos!
¿Qué es lo que hacéis, Señora? Qué delirio...
Pero ay que gente viene, entraos presto.

(Vase FEDRA y ENONE.)

Scena VI

HIPÓLITO y TERAMENE.

TERAMENE

¿Señor, qué es lo que miro? Fedra os huye,

o más presto la arrastran; ¿pues qué es esto?
¿Porque estáis alterado sin espada,
perdido de color y sin aliento?

HIPÓLITO

¡Ay Teramene!, huyamos; mi sorpresa
no puede ser más grande; yo me veo
con horror a mí mismo amigo, Fedra...
pero no; que este bárbaro secreto
que se ahogue para siempre en el olvido.

TERAMENE

Señor, si queréis iros, ya en el puerto
vuestras naves aguardan; pero Atenas
se ha declarado al fin; ya recogieron
los votos de las Tribus sus Caudillos,
y vuestro hermano ha conseguido el Reyno;
en su favor los más se declararon,
y Fedra vence.

HIPÓLITO

Fedra, ¡justos Cielos!

TERAMENE

Un Rey de armas que Atenas representa,
ha venido a Palacio con intento
de entregarle las riendas de el estado;
ya su hijo es Rey, Señor.

HIPÓLITO

¡Dioses eternos!,
que veis su corazón; ¿son sus virtudes
las que recompensáis?

TERAMENE

Se anda diciendo
que Teseo respira, y aun se añade
que algunos en Epiro ya le vieron;
mas yo que lo busqué, sé qu n errado...

HIPÓLITO

No importa, Teramene, será cuerdo
que lo apuremos todo; no se excuse
alguna diligencia; examinemos
este rumor; busqu mosle el origen;
partamos prontamente de este suelo,

y en manos que son dignas de gozarle,
a toda costa el cetro coloquemos.

ACTO III

Scena I

FEDRA y ENONE.

FEDRA

¡Que me escusen los fríbolos honores
que Atenas me remite! ¿En este estado
quieres que de ninguno dexé verme?
¿Con qué se viene ahora lisonjeando
mi consternado pecho? Tú debieras
ocultarme del mundo; ya mis labios
demasiado dixeron; mis furores
se han descubierto ya, y he pronunciado
lo que nunca debiera haberse oído;
¡de qué modo lo estaba él escuchando!
¡Cómo eludir quería mis discursos!
¡Con artificio el más disimulado,
de retirarse no vía la hora!
¡Y cuánto su poder y su embarazo
redoblaron el mío! Cruel Enone,
¿por qué impediste mi violento brazo
¡ay de mí! quando ya su espada iba
a herirme el corazón? ¿Le has observado
turbación ni piedad? ¿Hizo siquiera
para impedir el golpe algún amago?
Bastaba que una vez mi mano impura
empuñado la hubiese; mi contacto
se le hacía execrable, y él creía
que aquel azero mancharía su mano.

ENONE

¿Así, Señora, procurando siempre
en sentir vuestro mísero quebranto,
estáis alimentando el fuego mismo
que debiera extinguir vuestro cuidado?
¿No sería mejor, como de Minos
digna sangre, buscar vuestro reparo
en afanes más nobles? ¿De la fuga

el remedio escoger contra un ingrato
reinar, y de un estado que os implora
admitir el gobierno Soberano?

FEDRA

¿Qué me dices, Enone? ¿Que yo reine?
¿Que sugete a mis leyes un estado,
quando ya mi corazón sobre mí misma
reinar no puede? ¿Quando en mí no hallo
el Imperio menor de mis sentidos?
¿Quando apenas respiro en mi quebranto
oprimida de un yugo vergonzoso?
¿Quando me muero en fin?

ENONE

Huid, alejaos.

FEDRA

Yo no puedo apartarme de su vista.

ENONE

Vos pudisteis, Señora, desterrado,
vos podréis huir de él con un esfuerzo.

FEDRA

No, Enone, ya no es tiempo; que el ingrato
sabe ya mis ardores indecentes;
yo he pasado los límites sagrados
del austero pudor; he descubierto
mi vergüenza a mis ojos, y han mirado
un rayo de esperanza mis delirios;
tú misma de mis míseros desmaios
me volviste a la vida, y reteniendo
el alma que asomaba ya a mis labios,
sufriste con consejos lisonjeros
resolverme a vivir; me has dicho claro
que le podía amar.

ENONE

¿Y qué no hubiera
emprendido mi afecto por salvaros,
con delito, o sin él? Pero, Señora,
¿podéis olvidar nunca los agravios
de ese monstruo sobervio y orgulloso?
¿Con qué ojos fieros, con qué gesto extraño
os dexaba estar casi arrodillada?,

porque Fedra en aquel momento amargo
mis ojos no tenía...

FEDRA

Mira, Enone,
él puede con el tiempo ir desechando
ese feroz orgullo que te ofende;
en las montañas rústicas criado,
todavía conserva su rudeza;
endurecido desde tiernos años
quizás hablar de amor ahora ha sentido.
Sí, hablar de amor ahora habrá escuchado
por la primera vez, y su silencio
puede nacer del mismo sobresalto;
si es así, nuestras quejas son injustas.

ENONE

Pensad que una Amazona le ha formado
en su bárbaro vientre.

FEDRA

Mas la misma,
aunque Scita y feroz, se ha sugetado
a las leyes de amor.

ENONE

Señora, él mira
a vuestro sexo con horror y enfado.

FEDRA

Mejor, pues que con eso a otra querida
no veré que la trate con agrado;
en fin, Enone, dexa tus consejos,
ya no son de razón esos reparos;
sirve, no a mi razón, sino a mi llanto
si Hipólito resiste a mis alhagos
con corazón feroz e inaccesible;
para acertar el golpe y atacarlo,
es menester buscarle aquel parage
en que sensible sea; los encantos
de un Imperio parece que le agradan,
Atenas le atraía; ya sus barcos
habían vuelto las Proas a aquel rumbo
y el velamen ondeaba, abandonado
al gusto de los vientos; corre, Enone,
corre y ve al ambicioso, habla al ingrato;

hoi brillará a sus ojos la corona;
que él se ponga el Diadema soberano
sobre su hermosa frente; yo no aspiro
ni quiero más honor, cetro ni manto
que el placer de ceñírselo yo misma,
cedámosle un poder, que necesario
será por fin cederle; él a mi hijo
quizá querrá servir de padre y Ayo
enseñándole el arte de gobierno;
yo a un mismo tiempo pongo entre sus manos
a la madre y al hijo... en fin Enone
para rendirle, tiente todo quanto
imaginar pudieres; tus discursos
más que los míos hallarán agrado;
llora, ruega y estrecha; di que Fedra
está para morir; sin embarazo
sírrete de un estilo suplicante,
de nada de lo que hagas, por doblarle
te sabré desmentir; que ya en ti solo
pongo mis esperanzas; ve volando,
vuelve con prontitud, que aquí te espero,
y solamente tu respuesta aguardo
para reglar mi mísero destino...

(Vase ENONE.)

Scena II

FEDRA sola.

FEDRA

O tú, que ves el vergonzoso estado
a que descendo, Venus implacable,
¿tu pertinaz furor no se ha saciado?
Tú misma no supieras de qué modo
llevar más adelante mis escarnios;
ya tu triunfo es perfecto, y tu venganza
todos sus crueles golpes ha logrado;
tirana, si es que quieres una gloria
de que puedes sacar honor más alto,
ataca un corazón que te es rebelde;
Hipólito te huye, y despreciando
el rigor de tu saña, sus rodillas
jamás en tus altares ha doblado,
tu nombre ofende a su altivez grosera;

Diosa, véngate en él; ambos estamos igualmente ofendidos; mas, ¿qué es esto? Enone, ¿ya tú vuelves? ¿Que el ingrato me detesta? ¿Siquiera no consiente en oírme?

Scena III

FEDRA y ENONE.

ENONE

Señora, llegó el caso de que vuestra alma olvide la memoria de un amor tan terrible como vano, y que de su virtud sólo se acuerde; el Rey que muerto todos han juzgado, te os va a poner delante de los ojos, y vendrá a este paraje de aquí a un rato; Teseo ahora de llegar acaba, el pueblo para verle apresurado corre y se precipita; yo salía por orden vuestra a Hipólito buscando, quando mil gritos que hasta el Cielo suben...

FEDRA

Dioses eternos, ¿qué es lo que he escuchado? Mi esposo vive. ¡O Cielo!, esto me basta; él vive todavía, y yo he explicado el amor indecente que le ultraja, este furioso amor... cierra los labios; no quiero saber más.

ENONE

¿Pues qué, Señora?

FEDRA

En las venas la sangre se me ha helado; bien te lo había predicho; tú obstinada no has querido creerme; tu infiel llanto a mis remordimientos ha vencido; esta misma mañana iba espirando digna de ser llorada, ya ahora espiro llena de deshonor, digna de escarnio.

ENONE

¿Vos moriréis, Señora?

FEDRA

¡Oh Dios! ¿Qué escucho?

¿Que mi esposo vendrá con su hijo al lado,
y yo veré al testigo de mi infame,
de mi adúltero ardor, ardor insano,
que me estará observando, si es que llevo
a encontrar a su padre, con descaro?

Él me podrá observar, que llevo a hablarle
con mi pecho infeliz, lleno y cargado
de suspiros; que oír él no ha querido
con los ojos bañados en un llanto,
que aquel ingrato ha visto con desprecio;

¿puedes Enone, haber imaginado
que el honor de su padre no le asiste,
y que quiera ocultarle el incendio
ardor que me devora? ¿Te persuades
a que pueda sufrir tan grande agravio
de su padre y su Rey? No podrá él mismo
contener el horror y desagrado

con que es preciso que me mire siempre;
¡mas ay!, que su silencio fuera vano;
yo sé mi iniquidad, y no soy de esas
mugeres atrevidas, que gozando

de una tranquila paz de sus delitos
se ha formado un semblante descarado
que nunca se avergüenza; conozco
quáles son mis infamias; las reparo
en mi triste memoria, y me parece
que estas mismas paredes tienen labios,
y esperan a mi esposo por contarle
la vil perfidia de mis desacatos.

Muramos pues, y que una muerte pronta
de tanto mal acabe los estragos;
muramos otra vez, y sobre todo,
¿el dexar de vivir es tanto daño?

Para los corazones infelices
no tiene horror la muerte, no me espanto
más que del triste y detestable nombre,
o, tras mí he de dexar. ¡Ay Dioses altos!
¡Qué horrible herencia de mis tristes hijos!

La sangre del Consorte Soberano
que en sus venas también ésta la tiene
debe inflamar su espíritu bizarro;
pero por más orgullo generoso

que les inspire origen tan sagrado
son siempre los delitos de su madre
manchas tales que deben humillarlos;
yo temo que algún día les baldonen
de una madre culpable el desacato
y temo que oprimidos con el peso
de ver mi honor y nombre deshonorados,
no osen siquiera levantar los ojos.

ENONE

Lo que decís, Señora, esta mui claro,
con lástima los miro, jamás hubo
ni más justo temor, ni más fundado;
¿pero por qué a tan míseras afrentas
le queréis exponer? ¿Por qué acusaros
pretendéis a vos misma? Pues Señora,
si ahora no vais a verle, es necesario
que se piense que Fedra delinvente
teme los ojos de su esposo airado;
Hipólito es feliz, pues que vos misma
queréis a sus discursos temerarios
todo crédito dar con vuestra muerte,
¿qué podrá responder mi triste labio
a vuestro acusador? Sin pena alguna
me podrá confundir, y yo llorando
le escucharé jactar su horrible triunfo,
y contar vuestros míseros agravios
a quien los quiera oír. ¡Ah!, que primero
me destroze la cólera del hado;
no, no lo sufriré; pero, Señora,
decidme una verdad, habladme claro,
no engañéis mi deseo de serviros:

¿aún está vuestro pecho enamorado?
¿Con qué ojos mira ahora vuestro afecto
de este Príncipe altivo los encantos?

FEDRA

Como de un monstruo horrible.

ENONE

Pues, Señora,
¿por qué queréis cederle todo el lauro?
Vos receláis que Hipólito os acuse,
pues id vos y avisadle de antemano;
del delito que vayáis a imputarle,

¿quién podrá desmentiros? Los acasos
están todos contra él; su espada misma
que dexó por fortuna en vuestras manos;
vuestras presentes y pasadas penas;
su propio padre que ha escuchado tanto
vuestras amargas quejas; finalmente
su destierro por vos solicitado.

FEDRA

Que yo oprima y acuse la inocencia,
no, Enone, es mucha infamia.

ENONE

Mis engaños
sólo vuestro silencio necesitan;
también yo como vos estoy temblando,
siento en mi alma voraz remordimiento,
y más quisiera con valor osado
padecer muchas muertes; mas, Señora,
pues sin este remedio aunque tirano
es preciso perder, vuestra vida
tiene para mí mayor precio, tan alto
que le cedo quanto tenga; dexadme sola,
yo lo manejaré, que aunque irritado
quede con mis avisos vuestro esposo,
imagino que todos sus estados
pararán sólo en desterrar a su hijo.
Un padre que castiga va despacio,
y un suplicio ligero es suficiente
para templar su zaña; pero aun quando
se derramara la inocente sangre,
¿qué no debe quedar atropellado
por salvar vuestro honor? Este tesoro
es muy precioso para aventurarlo;
para salvar vuestra honra combatida
sacrificarlo todo es necesario,
y aun la misma virtud. Pero, Señora,
vuestro esposo hacia aquí se va acercando.

FEDRA

¡Santos Cielos! ¡Que Hipólito le sigue!
Ya en sus ojos crueles he notado
que me quiere perder. Querida Enone,
haz lo que te parezca; yo me encargo,
me abandono a tu zelo; tan turbada
se encuentra mi razón que no me hallo con

la fuerza ni el valor de gobernarme.

Scena IV

TESEO, HIPÓLITO, TERAMENE y dichas.

TESEO

Ya, Señora, por fin menos tiranos
se me muestran los dioses este día,
pues permiten que pueda en vuestros brazos...

FEDRA

Deteneos Teseo; vuestro afecto
no profane conmigo esos alhagos,
yo no merezco ya vuestras caricias;
vos estáis ofendido, hado contrario
también ha perseguido a vuestra esposa
y siendo indigna ya de vuestro lado,
sólo debo pensar en ocultarme.

(Vase con ENONE.)

Scena V

TESEO, HIPÓLITO y TERAMENE.

TESEO

Hijo mío, ¿qué modo tan extraño,
de recibir a vuestro padre es éste?

HIPÓLITO

Sólo Fedra, Señor, estos arcanos
os puede descubrir; pero sí pueden,
al oír vos mis ruegos humillados,
permitid que jamás a verla vuelva;
...id que para siempre retirado
el infeliz Hipólito no habite
este sitio en que Fedra está habitando.

TESEO

¿Vos dexarme, hijo mío?

HIPÓLITO

Mi designio

nunca ha sido buscarla; a este palacio
vos la hiciste venir; vos disteis orden
para que se quedase entre tanto
Fedra y Aricia juntas, y a mi zelo
de guardarlas hicisteis el encargo;
vos Señor, habéis vuelto, ¿qué motivo
me puede detener? Ya demasiado
mi briosos juventud en las montañas
ha mostrado su ardor siempre lidiando
contra enemigos viles, ¿no es ya tiempo
de dexar un reposo vil y baxo,
y de que empieze ya a manchar mis armas
en sangre digna de un valor bizarro,
de un valor heredado de ti mismo?
Permitid pues, Señor, que llegue el caso
de ocupar mi valor; y si algún monstruo
se ha podido escapar de vuestra mano,
sufrid que traiga a vuestros pies invictos
sus sangrientos despojos; o acabando
mi vida en imitar vuestras empresas,
haré ver a los siglos más lejanos
que soi digno, Señor, de ser vuestro hijo.

TESEO

¿Cielos, qué es lo que veo? ¿Qué he escuchado?
¿Qué discordia feroz, qué cruel veneno
va en mi infeliz familia derramando
sus espantosos y tremendos males?
Quando por fin buscando mi descanso
todos huir procuraran de mis ojos,
todos quieren negarse a mis abrazos,
y yo mismo sintiendo los terrores
que inspiro a los demás, estoi deseando
volver a verme en mi prisión pasada;
pero hijo, dilo tú, dímelo claro:
¿quién es quien me ha ofendido? ¿Qué insolente
se me pudo atrever? ¿Por qué vengado
no estoi de sus ultrajes? ¿Que la Grecia
a quien tanto sirvió mi fuerte brazo
ha dado al delincente algún asilo?
¿Pero qué es esto? ¿Tú no abres los labios?
¿Qué es lo que veo, Soberano Cielo?
¿Pues que mi hijo también, mi hijo amado,
conspira contra mí? Vamos a dentro
que no puedo vivir en afán tanto,
que el corazón me parte; averigüemos

quáles son los delitos y el malvado
y hagamos que por fin Fedra me explique
las causas del terror en que la hallo

(Vase TESEO.)

Scena VI

HIPÓLITO y TERAMENE.

HIPÓLITO

¿Teramene, qué es esto? ¿Qué pretende
Fedra con un discurso que ha llenado
mi corazón de horror? ¿Para qué entregada
siempre a su ceguedad, su ánimo incauto
se quiere así perder? ¡Cielos Divinos!
¿Qué es lo que dirá el Rey? ¿Qué negros hados?
¿Qué veneno feroz el amor fiero
en su infelice casa ha derramado?
Hasta yo mismo pertinaz me enciendo
en un ardor que su odio está improbando.
¡Cómo me vio otra vez! ¡Y cómo me halla!
No sé qué tristes lúgubres desmayos
siente mi corazón, mas la inocencia
no tiene que temer; amigo, vamos,
busquemos algún medio que conmueva
de un padre los afectos; declarando
un fuego que si quiere turbar puede,
pero que nunca dexará apagado.

ACTO IV

Scena I

TESEO y ENONE.

TESEO

Cielos, ¿qué es lo que escucho? ¿Un temerario,
un vil traidor, ultrage tan extremo
al honor de su padre preparaba?
¡Cómo me afliges, o destino fiero!
Yo no sé dónde estoi, ni sé tampoco

dónde mis pasos van. ¡O afectos tiernos!
¡O bondades mui mal recompensadas!
¡Proyecto atroz! ¡Horrible pensamiento!
¡Idea detestable! ¡El insolente
por conseguir sus bárbaros deseos
imploraba el recurso de la fuerza!
Yo he visto por mis ojos ese azero
que el instrumento ha sido de su rabia,
ese azero infeliz que en otro tiempo
mi mano le entregó para otros usos;
ni aun de la sangre el lazo más estrecho
le pudo detener, ¿y Fedra hacía
vivir a este traidor con su secreto?
¿Quería su indulgencia sin venganza
dexar tanta maldad?

ENONE

Este silencio
era en Fedra, Señor, únicamente
por no causar dolor a un padre tierno,
vergonzosa del bárbaro designio
de un amante juicioso, y del perverso
amor en que por ella se ha inflamado;
Fedra moría, y con valor resuelto
iba a extinguir de sus amantes ojos
la luz siempre inocente; yo le veo
el brazo levantar, corro ligera
a impedir aquel golpe y le detengo;
yo soy quien hasta aquí la ha conservado
a las caricias del afecto vuestro;
y lastimada a un tiempo de sus penas
y vuestras inquietudes, mi leal zelo
ha servido de intérprete a su llanto.

TESEO

El infame, no pudo su vil pecho
dexar de conturbarse en mi presencia,
yo le observé quando llegó a mi encuentro,
temblando de temor y las tibiezas
de sus fríos abrazos, de mi afecto,
el corazón, ternura... pero dime,
¿en Atenas había descubierto
ese culpable amor que lo devora?

ENONE

Acordaos, Señor, de los lamentos

con que la Reyna se quexaba; su odio
de este amor delinquente era el efecto.

TESEO

¿Luego volvió a encenderse aquí en Trecena?

ENONE

Ya os dicho, Señor, todo el suceso;
la Reyna quedó sola y entregada
a la angustia mortal de sus tormentos,
permitidme que vaya a acompañarla.

Scena II

TESEO y HIPÓLITO.

TESEO

¡Ah!, vele aquí el traidor, ¡Dioses eternos!
¿Quién viendo aire tan noble no se dexa
engañar como yo? ¡Divinos Cielos!
¿Es posible que pueda en el semblante
de un adúltero vil que arde en incesto
brillar de la virtud el soberano
y sagrado carácter? ¿Pues que el pecho
de los falsos mortales no debiera
reconocerse con indicio cierto?

HIPÓLITO

¿Mi respeto filial podrá atreverse
a preguntaros qué funesto ceño
turba, Señor, vuestro semblante augusto?
¿Os dignáis confiar este secreto
a mi rendida fe?

TESEO

¡Pérfido! ¡Indigno!
¿Y tú tienes valor y atrevimiento
de parecer delante de mis ojos?
Monstruo feroz, a quien ha mucho tiempo
que los rayos perdonan; resto infame
de los viles malvados, que mi esfuerzo
destruyó por vengar a todo el mundo;
después que los ardores de tu fuego
llenos de impuro horror han insultado
de tu padre infeliz el nupcial lecho,

¿aún tienes la osadía de venirme
a presentarme un rostro tan perverso?
¿Tú a parecer te atreves en lugares
testigos de tus bárbaros excesos,
y no vas a buscar en otras tierras
Climas desconocidos, donde el eco
de mi nombre jamás haya llegado?
Huye de aquí, traidor, vete corriendo
y no irrites mi enojo, ni provoques
una furia que apenas la contengo;
a mí me basta el infeliz oprobio
de haber dado la vida a un monstruo fiero,
sin que también tu muerte a Esparta venga
hoi la ilustre memoria de mis hechos;
huye pues de aquí, infame, si no quieres
que yo junte con los monstruos fieros
que castigó mi mano; ten cuidado
de que jamás el Sol vea que has puesto
la temeraria planta en este sitio;
huye te digo, y arrastrando luego
tus pasos donde nunca vuelva a verte,
libra mis Reynos de tu noble aspecto;
y tú, Neptuno, tú, Numen sagrado,
que eres mi tutelar; si en otro tiempo
mi valor ha limpiado tus orillas
de infames asesinos, haz recuerdo
de que por premio tú me prometiste
el premio concederme de mis ruegos;
en mi larga prisión no he reclamado
tu poder inmortal; pues mis deseos
avaros del socorro prometido
de tu palabra en el sagrado empeño,
a costa de el dolor se reservaban
para implorarte en casos más estrechos;
hoi te imploro, Neptuno, venga airado
a un infelice padre; yo te entrego
ese traidor a toda tu violencia;
sí; a tu violencia, a tu rigor severo.

HIPÓLITO

¿Qué es lo que escucho, Dioses? ¿Fedra acusa
a Hipólito de ardores y deseos?
Este exceso de horror confunde a mi alma;
tantos golpes, tan bárbaros y fieros
a un tiempo me comprimen y me quitan
la razón, las palabras y el aliento.

TESEO

Traidor, tú imaginaste que sin duda
Fedra sepultaría en el silencio
el brutal desacato de tu arrojo;
pero debías, quando fuiste huyendo,
no abandonar tan torpe y ciegamente
en las manos de Fedra el vil azero;
a antes era mejor que completando
las bárbaras perfidias de tu pecho
la quitases la vida y las palabras.

HIPÓLITO

Irritado, Señor, de que os han hecho
creer mentira tan vil, ahora debiera
deciros la verdad; pero reservo
un secreto que debe disgustaros;
aprobad la templanza y el respeto
que me quitan la voz, y sin que quiera
vuestro afán aumentarse los tormentos,
examinad mi vida solamente
y pensad en quien soi; algún exceso
precede siempre a los delitos grandes;
aquel que empieza de lo justo y recto,
él confía a pasar, luego se excede,
y viola injusto todos los derechos;
los delitos a igual de las virtudes
tienen su progresión; no tiene exemplo
que la inocencia pase de repente
al extremo desorden; ni mui presto
de un hombre que es virtuoso se hace
un impío, un incestuoso o asesino fiero
formado yo en el seno de una casta;
heroína respetable, con mis hechos;
jamás he desmentido mi alto origen;
después quiso dignarse el gran Piteo
tenido entre los hombres por mui sabio
de educar mi niñez, desde el momento
que salí de los brazos de mi madre;
yo, Señor, alabarme no pretendo,
mas si alguna, virtud en mí reside,
he hecho ver sobre todo un odio terco
a ese mismo delito que me imputan;
sólo por él, Hipólito, se ha hecho
conocer en la Grecia, y su desvío
pasaba de virtuoso a ser grosero.

Todos saben, Señor, de mis disgustos
el rigor inflexible; el mismo Cielo
no es más puro que mi alma y sin embargo
quieres que yo inflamado en tan vil fuego...

TESEO

Sí, cobarde, y es ese mismo orgullo
el que más te condena; ahora comprendo
el odioso principio que ha tenido
su pertinaz y rústico despego;
Fedra sola encantaba tus osados,
tus impúdicos ojos; y tu pecho
insensible al alhago y la hermosura
de otro objeto, miraba con desprecio
de una llama inocente los ardores.

HIPÓLITO

No, mi padre; este pecho (ya no es tiempo
de ocultarlo más) no ha desdeñado
de un casto amor el encendido fuego;
os confieso mi culpa verdadera:
Señor, yo amo, es cierto, Aricia sola
ha sugetado a su divino Imperio
mi corazón; la hija de Palante
ha vencido a vuestro hijo; yo la quiero,
y mi alma a vuestras órdenes rebelde
no puede suspirar por otro objeto.

TESEO

¿Será verdad que tú quieres a Aricia?
Pero no, el artificio es mui grosero;
y te finges ahora delincente
por esconder delito más horrendo.

HIPÓLITO

Ha seis meses, Señor, que aunque la evito,
a mi pesar la adoro; y mi respuesta
ahora venía temblando a confesarte
mi temerario amor; ¿pero qué es esto?
¿Queréis que os haga horrible juramento?
Que la tierra y el Cielo me confunda,
que la naturaleza...

TESEO

A los perversos
cuesta siempre mui poco el ser perjuro;

cierra, indigno, los labios indiscretos
si tu falsa virtud artificiosa
hallar no puede más seguros medios.

HIPÓLITO

¡Ay Señor! ¡Mi virtud falsa os parece
y llena de artificio! Pero pienso
que Fedra en su interior me hará justicia.

TESEO

Tu osadía insolente ahora de nuevo
irrita mi rencor.

HIPÓLITO

Señor, ¿qué tierra,
qué tiempo prescribía a mi destierro?

TESEO

Si más allá te vieran mis furores
de las columnas de Hércules, aún creo
que estaría muy cerca de un indigno.

HIPÓLITO

Cargado con delito tan horrendo
como el que me atribuí, ¿qué amigos pueden
si vos me abandonáis, verme sin tedio?

TESEO

Vete a buscar en otra parte amigos
cuyo espíritu aplauda el adulterio,
otros traidores pérfidos e ingratos,
sin honor y sin fe, que compañeros
merecan ser de un impío como tú eres.

HIPÓLITO

De adulterio, perfidias, y de incesto
me estáis hablando siempre... nada
pero Fedra, Señor, nació de un seno
de un seno, de una sangre que está llena
más que la mía de esos desafueros.

TESEO

¡Que insolente! ¿Tu rabia despechada
pierde ya toda suerte de respeto?
Por la postrera vez yo te lo mando;
quítate de mis ojos, vete luego;

vete de aquí, traidor, huye de mi enojo,
no esperes a que un padre de ira lleno
te haga arrancar por fuerza de su vista.

(Vase HIPÓLITO.)

Scena III

TESEO solo.

TESEO

¡Miserable! A la muerte vas corriendo.
Neptuno, por el río que es temible,
aun a los Dioses me hizo juramento
de executar sin falta su promesa;
un Numen vengador te va siguiendo;
y no puedes huirle; yo te amaba
y ya por ti se me estremece el pecho;
mas tú me has precisado a condenarte;
no ha habido padre en todo el Universo
tan cruelmente ultrajado; Santos Dioses,
que miráis mi dolor, y mis tormentos,
¿cómo di yo la vida a tan mal hijo?

Scena IV

FEDRA y TESEO.

FEDRA

Señor, de temor llena a hablaros vengo;
vuestra terrible voz a mí ha llegado
y recelo que siga un pronto efecto
a vuestras amenazas; si aún no es tarde,
respetad vuestra sangre; yo os lo ruego
con lástima mirad vuestra familia;
libradme del horror de estarla oyendo
dar siempre contra mí tristes clamores;
no me prepare vuestro enojo fiero
el dolor de causar que cruel derrame
su propia sangre el ímpetu paterno.

TESEO

No Señora; hasta aquí no se ha teñido
mi mano con mi sangre; no por esto

se ha escapado el traidor de mi venganza
otra mano divina sabrá hacerlo
con más seguros golpes; ya Neptuno
que me hizo el más solemne ofrecimiento
va a ejecutarle, y quedaréis vengada.

FEDRA

¡Neptuno a ejecutarle! ¡Justo Cielo!
¿Por qué vuestro furor...?

TESEO

Y qué, Señora,
¡su castigo pudiera entristeceros!
Vos debierais juntaros con mis iras,
pintarme sus delitos, sus excesos
con todo el colorido de su infamia,
y encender de mi enojo lo violento;
vos aún no conocéis de sus maldades
toda la iniquidad, y sus despechos
contra voz se derraman en injurias;
dice que vuestros labios están llenos
de imposturas atroces; que sostiene
que su amor y su fe se sometieron
a las gracias de Aricia, y que la adversa...

FEDRA

Qué, Señor...

TESEO

Es lo que ha dicho ha poco tiempo,
pero yo he conocido su artificio;
vámonos pues, Señora, y esperemos
que el gran Neptuno nos hará justicia;
yo dirijo mis pasos a su Templo
para pedirle al pie de sus altares
que cumpla su inviolable juramento.

(Va.)

Scena V

FEDRA sola.

FEDRA

¡Cielos Divinos! ¿Qué es lo que he escuchado?

¿Qué noticia cruel, qué activo fuego
mal extinguido se despierta en mi alma?
¡Qué rayo atroz! ¡Qué aviso tan funesto!
Yo volaba al socorro de su hijo,
y arrancándome rápida del seno
de la espantada Enone, ya cedía
al tirano y voraz remordimiento
que me comprime el ánimo. ¿Y quién sabe
a dónde iba a parar mi dolor fiero?
Quizá yo misma hubiera consentido
en declarar mi engaño, y si el aliento
no me faltara allí, tal vez se hubiera
salido de mis labios el secreto.
¡Santos Dioses! ¿Hipólito es amante?
¿Él tiene un corazón sencillo y tierno,
y a mí me tiene horror? ¿Aricia sola
tiene su corazón, logra su afecto?
¡Ay mísera de mí! Quando el ingrato
inexorable a mis rendidos fuegos
armaba contra mí sus fieros ojos,
y ponía en su rostro siempre insensible,
así se armaba contra todo el sexo,
¡pues cuál era mi error! ¡Otra ha sabido
sugetar su altivez, otra está viendo
en sus ojos crueles más ternezas!
Tal vez él tiene un corazón ligero
fácil de enamorarse, y soi sólo
objeto que a su amor le causa tedio;
y yo me encargaría del cuydado
de prostituir mi honor por defenderlo.

Scena VI

FEDRA y ENONE.

FEDRA

¿Sabes, Enone mía, lo que acaba
de escuchar mi dolor?

ENONE

No; mas yo vengo
temblando del designio que os hacía
buscar al Rey, porque quedé temiendo
algún favor que os fuese muy dañoso.

FEDRA

Enone mía, ¿quién pudiera creerlo?
Hipólito es amante.

ENONE

¿Es amante?

FEDRA

Amante que idolatra y ya no puedo
tener la menor duda; ese salvaje
enemigo feroz, ese severo
áspero corazón que yo creía
incapaz de domar, ese sobervio
que nunca osé mirar sino temblando,
ya sometido, dócil y sugeto
halló quien le rindiera; en fin, Aricia
ha encontrado el camino de su pecho.

ENONE

¡Aricia! ¿Qué decís?

FEDRA

Dolor amargo
que aún no había probado. ¿A qué tormento
nuevo y horrible estaba reservada?
Quanto he sufrido hasta ahora... mis despechos,
mis temores, la viva voraz llama
de mis furiosos incendiarios fuegos;
la injuria de sus bárbaros desdenes,
y el horror de mi cruel remordimiento,
aún no es sombra ligera, aún no es amago
a el horrible tormento que padezco.

¡Ellos se quieren! ¿Cómo? ¿Y han podido
alucinar mis ojos y mis zelos?
¿Cómo han podido verse? ¿Desde cuándo?
¿En qué lugar? ¡O Dioses! Dilo presto,
tú lo sabes, cruel; ¿pues por qué causa
no me has dicho ese bárbaro secreto?
¿Por qué no me has instruido de su ardiente
disimulado amor? Dime: ¿los vieron
hablarse muchas veces? ¡Santos Dioses!
Ellos podían verse sin recelos;
los Cielos aprobaban la inocencia
de sus suspiros blandos y alhagüeños;
ellos seguían sin zozobra alguna

la dulce inclinación de sus afectos
y para ver su amor amanecían
todos los días claros y serenos;
pero yo triste objeto, infeliz blanco
de la naturaleza andaba huyendo
de el Cielo, de la luz y aun de mí misma;
la muerte era el Dios solo que mi alma
se atrevía a implorar, y cada instante
de mi vida fatal era un despecho
de hiel y llanto sólo alimentada,
y de testigos llena, en mi desvelo
no tenía siquiera el triste alivio
de llorar a mi gusto, ni mi pecho
gozaba este placer sino temblando
y obligada a ocultar mis males fieros
con sereno semblante, era preciso
privarme de mi llanto mucho tiempo.

ENONE

Mas, Señora, ¿qué fruto sacar puedes
de sus vanos inútiles afectos?
Ellos no volverán a verse nunca.

FEDRA

Pero se amarán siempre. ¡Ay qué tormento!
En este instante mismo en que te hablo
quizá se están burlando del despecho
de una insensata y desgraciada amante
y a pesar de su padre y del destino
que los va a separar, de amarse siempre
renovándose están los juramentos;
no, me falta el valor; de sus amores
ni siquiera la idea sufrir puedo;
ten compasión, Enone, de mi vida
fuerza es perder a Aricia, llegó el tiempo
de despertar las iras de mi esposo
contra una odiosa sangre, y ahora quiero
excitarle a castigos más crueles,
los más feroces y los más violentos;
este furor, delito de la hermana,
es mayor que el de todos sus abusos
y para que mis zelos se despique
he de valerme de él... ¿Pero qué es esto?
¿Dónde va mi razón? Que, yo...
y aun el mismo Teseo a quien preparo
hacer ministro de mi cruel venganza

mi esposo vive? ¡Yo rabio de zelos!
¿Y por quién rabio? ¿Cuál es la persona
que solicita mis delirios griegos?
Cada palabra de éstas me estremece,
y hace que se me ericen los cabellos;
yo he completado toda la medida
de mis delitos bárbaros y horrendos
ya consume mi honor y ya respira
a un tiempo la impostura y el incesto;
mis homicidas manos ya despiertas
están para vengarse, y sus deseos
son de mancharse en la inocente sangre.
¡Miserable! ¿Y aún duran mis alientos?
¿Y puedo sostener la vista airada
de este sagrado Sol de quien desciendo?
Yo cuento por abuelo al alto padre
y Señor de los Dioses; todo el Cielo
y el mundo lleno está de mis mayores.
¿Dónde me esconderé? ¿Dónde huir puedo
para que no me vean? Ea huyamos
a la noche infernal. ¿Pero qué pienso?
Mi padre tiene allá la fatal urna,
él preside en la estancia de los muertos;
a su severa e inflexible mano
el hado la confió, y en el Aberno
a las pálidas sombras, menos juzga;
quál será su dolor, cuál su tormento,
quando la suya absorta y espantada
vea a su hija por fuerza, descubriendo
tan diversos delitos, y delitos
quizá ignorados en el mismo Infierno;
¿qué dirás padre mío, quando mires
tan funesto espectáculo? Ya veo
caer la urna terrible de tus manos;
ya te veo buscando atroz y nuevo
espantoso suplicio, y que te haces
de tu sangre infeliz verdugo fiero;
perdona; un Dios cruel, un Dios terrible
tu familia ha perdido por entero;
conoce su venganza en los furioses
de tu hija miserable. ¡Santo Cielo!
Jamás mi triste amor recogió el fruto
de los delitos bárbaros y horrendos,
cuyo error me persigue, y acosada
de tanto mal, ya mi postrer aliento
de una vida la más desventurada,

ahora voy a entregar a los tormentos.

ENONE

Ay Señora, dexad esas ideas
tan terribles y ved con otro aspecto
un error ordinario y excusable:
vos amáis, pero amáis con grande exceso,
es preciso ceder a su destino;
por superior encanto vuestro pecho
se vio forzado a amar; ¿son por ventura
tan nuevos, e inauditos los exemplos?
¿Pues que el amor no cuenta entre sus triunfos
mas que sólo el de Fedra? Este defecto
es natural en todos los humanos,
vos sois mortal, y os cupo estar sufriendo
la suerte de los otros; todos aman,
no sólo los mortales, los excelsos
Dioses habitadores del Olimpo,
que el delito amedrentan con tan fiero
espantoso rumor, algunas veces
se han abrazado con impuro fuego.

FEDRA

¿Qué es lo que escucho, Dioses? ¿Qué discursos
son los que tú pronuncias? ¿Qué consejos
son estos que me das? ¿Con que tú quieres
emponzoñarme hasta el postrer aliento?
¡Miserable! Ve aquí como has venido
a seducir por fin mi flaco pecho;
tú me hiciste volver a ver el día
de que ya mi razón estaba huyendo;
me obligaste con ruegos importunos
a olvidar mi virtud; todo mi intento
era no ver a Hipólito; tú sola
me has obligado a que volviera a verlo;
¡desdichada muger! ¿Qué es lo que hiciste?
¿De qué se fue a encargar tu infame zelo?
¿Por qué tu boca impía y mentirosa,
acusándole bárbara, ha cubierto
con tan negro borrón su bella vida?
Él morirá quizá, y el impío ruego
de un insensato padre será oído;
no te quiero ver más; vete, perversa
y odioso monstruo; vete, y a mí sola
dexa el afán de mi destino adverso;
quieran los justos Dioses dignamente

corresponder tus pérfidos consejos,
y espante tu suplicio a los infames
que como tú, con modos lisongeros
excitan y fomentan las flaquezas
de los Reyes incautos, que perversos
le conducen al triste precipicio
a que se inclina con fatal despecho
su débil corazón, y les allana
el camino de todos los excesos
aduladores viles y execrables,
presente el más funesto que los Cielos
pueden dar en su cólera a los Reyes
para extraviarlos del camino recto.

ACTO V

Scena I

HIPÓLITO, ARICIA y ISMENE.

ARICIA

Qué, Señor, ¿vos calláis a un tan urgente,
tan estrecho peligro? ¿A un padre tierno
queréis dexar en tan funesto engaño?
¡Ah cruel! Si a pesar de mis tormentos
tenéis valor de consentir sin pena
el no volver a verme, partid luego,
partid y separaos para siempre
de Aricia y de su amor; pero a lo menos
partid asegurando vuestra vida,
defended vuestro honor de tan funesto
vergonzoso baldón; ya vuestro padre
forzado revocó sus crueles ruegos;
todavía no es tarde, ¿por qué causa
queréis dexar con ánimo resuelto
el campo libre a vuestra acusadora?
Oíd, Señor, y decídselo a Teseo.

HIPÓLITO

¡Ay Señora! ¿Qué no le tengo dicho?
¿Podía por ventura mi respeto
al público sacar, y hacer presente
todo el infame oprobio de su lecho?

¿Fuera justo decirle su venganza,
y que mi lengua fuera el instrumento
de hacer que de un rubor baxo, e indigno
se llegara a cubrir su rostro regio?
Ninguna sino vos ha penetrado
de estos horrores el fatal misterio;
ni para desahogarse mi alma tiene
más que a vos y a los Dioses; mis afectos
no os pudieran callar lo que quería
ocultarme a mí mismo, ved si os quiero,
pero pensad, Señora, en el sigilo
con os he revelado este secreto;
si es posible, olvidad lo que os he dicho,
jamás se ocupe vuestro puro aliento
en contar esta trágica aventura;
esperemos los dos en los eternos
equitativos Dioses; ellos tienen
interés en mostrar que no soi reo;
y la infelice Fedra, castigada
tarde o temprano ya de sus excesos
huir no puede la ignominia justa;
esto es lo que de vos sólo deseo,
en lo demás mi colera encendida
todo se lo permite, dexad luego
la cruel esclavitud con que os afligen
acompañadme pues, venid huyendo,
y procurad quanto antes alejaros
de este Palacio bárbaro y funesto,
en que aire impuro la virtud respira;
aprovechaos, Señora, de este tiempo
porque pueda ocultarse vuestra fuga
entre la confusión en que ahora ha puesto
mi desgracia a la Corte y a los grandes;
facilitar os puede ahora los medios
de asegurar con prontitud la fuga,
pues que mis guardias son también los vuestros.
Ya nos llaman valientes defensores;
Argos los brazos nos está tendiendo,
también la brava Esparta nos convida;
vamos, Señora, pues; vámonos luego,
nuestros amigos oigan nuestras quejas
ni suframos que de este cruel momento
se pueda aprovechar la injusta Fedra
y nos arroje del Dosel paterno,
y dé nuestros despojos a su hijo;
la ocasión es muy buena; éste es el tiempo

de poderlo lograr, ni ahora hai peligro
que os pueda dar temor... ¿Pero qué veo?
¿Vos estáis temblando? Por vos sola,
y por vuestro interés así me enciendo.

ARICIA

Ay Señor, que tan plácido destierro
me fuera apetecible; ¡con qué gusto
me vería con vos en un desierto
de todos los mortales olvidada!
Pero no habiendo aún el Himeneo
consagrado el amor, ¿podré resuelta
sin ofender mi honor irros siguiendo?
Bien sé Señor, que sin romper las leyes
de la austera virtud librarme puedo
de la mano cruel de vuestro padre,
un enemigo feroz en todo tiempo;
que esto es arrancarme vergonzosa
del paternal y respetable seno;
y es permitido huir de sus tiranos,
mas, Señor vos me amáis, y los recelos
de mi decoro y gloria...

HIPÓLITO

No, Princesa;
de vuestra gloria yo cuydado tengo,
y os he venido a ver con una idea
que es más digna de vos y de mis fuegos;
partid Señora, huid de estos lugares,
y seguid a un esposo amante y tierno;
cúrense nuestras míseras desgracias,
pues así lo ha ordenado el alto Cielo;
ya de nadie dependen nuestros votos,
no siempre se ilumina el Himeneo
con brillantes antorchas; en las puertas
de la misma Trecena, y no muy lejos
de esas tumbas antiguas sepulturas
de mis progenitores, se ve un Templo
terrible y formidable a los perjuros;
de su sagrado y respetuoso centro
no tienen osadía los mortales
de profanar los santos juramentos;
el pérfido recibe un riguroso
inmediato castigo; y con el miedo
de encontrar una muerte inevitable,
la mentira no tiene mayor freno;

en este Templo, pues, de un amor santo,
con religioso voto juraremos
el vínculo inmortal; los mismos Dioses,
que se adoran en él, del lazo eterno
serán fieles testigos y nosotros
con su mismo fervor les rogaremos,
que nos quieran allí servir de padres;
yo imploraré su auxilio con respeto,
invocaré de todas las Deidades
los nombres más sagrados, más excelsos;
la casta Diana, la divina Juno,
y estos Dioses, en fin, que de mi afecto
habrán sido testigos, los fiadores
serán también de mis ofrecimientos.

ARICIA

Ay Señor, el Rey viene, idos volando
y partid prontamente; yo un momento
me quedo aquí por ocultar mi fuga;
partid pues, y dexadme algún sugeto
que mis tímidos pasos encamine.

(Vase HIPÓLITO.)

Scena II

TESEO, ARICIA y ISMENE.

TESEO

Eternos Santos Dioses, que estoy viendo
la obscura turbación en que vacilo,
mostradme la verdad que busco inquieto.

ARICIA

Ve a disponerlo todo, fiel Ismene,
y dispón nuestra fuga en el momento.

(Vase ISMENE.)

Scena III

TESEO y ARICIA.

TESEO

Vos mudáis de color, y me parece
que se turba vuestra alma con mi aspecto;
mas, Señora, decid: ¿qué es lo que hacía
Hipólito con vos en este puesto?

ARICIA

Señor, se despedía para siempre.

TESEO

Vuestros ojos hermosos y alhagüeños
han sugetado su valor esquivo,
y han sabido inspirar los primeros
suspiros fervorosos, que ha exhalado
su pecho hasta aquí, rudo.

ARICIA

Yo no puedo
negaros la verdad, él no ha heredado
vuestra adversión injusta.

TESEO

Yo os entiendo;
os estaba jurando amor constante,
mas no os aseguréis en los afectos
de sus labios falaces, porque a otras
hace también los mismos juramentos.

ARICIA

¿Él, Señor?

TESEO

Sí Señora, y vuestro alhago,
menos falso y traidor debiera creerlo;
¿cómo podréis sufrir que de este enojo

se divida un amor?

ARICIA

¿Cómo vos mesmo
podéis sufrir que tales imposturas
se atreven a empañar el cristal terso
de una vida tan bella? ¿Que tan poco
conocéis las virtudes de su pecho?
¿Sois capaz de culpar a la inocencia
de delitos tan pérfidos y horrendos?
¿Será posible que una espesa nube

a vuestra vista sola está cubriendo
una virtud que a la de todos brilla?
¡Ay Señor! Vos estáis ahora mui ciego
y le entregáis con bárbara injusticia
de las pérfidas lenguas el veneno;
dexad ese furor, y arrepentíos
de vuestros impíos y mentidos ruegos;
temed, Señor, temed que el Cielo justo
indignado del mero rigor vuestro
os aborrezca tanto que os conceda
tantos impíos sacrílegos deseos;
muchas veces coléricos reciben
un sacrificio bárbaro y sangriento,
su misma aceptación entonces suele
ser la fiera mayor de los excesos.

TESEO

Vos pretendéis en vano disculparle
de un hecho tan atroz, y vuestro afecto
os quita la razón por este infame;
mas yo testigos tan seguros tengo
que irrecusables son; yo mismo he visto,
yo vi correr un llanto verdadero.

ARICIA

¡Ay Señor! Proceded con más cautela;
vuestro invencible generoso aliento
de muchísimos monstruos execrables
ha logrado librar al Universo;
pero todos, Señor, no están destruidos
y todavía alguno está viviendo...
Mas vuestro hijo me impide que tenga,
pues estando enterada del respeto
que os conserva, ya sé que os aflige
si acabara el discurso así siguiendo
su pudor reverente; me retiro,
porque no se aventure mi silencio.

Scena IV

TESEO y guardias.

TESEO

¿Quáles son las ideas ¡Cielo Santo!
que oculta este discurso? ¿Éste a mí

pretende deslumbrarme con alguna fabulosa ficción? ¿Están de acuerdo los dos para apurarme? Mas yo mui a pesar de un enojo tan severo...
¿Qué vos tan compasiva es la que escucho?
¿Qué secreto piadoso sentimiento me turba el corazón, y me confunde?
Segunda vez a Enone preguntemos, yo quiero examinar muy por menores todas las circunstancias del secreto, dadme luz ¡Cielo Santo! en esto... mo.
Guardias, llamad a Enone y mui presto.

Scena V

TESEO y PANOPE.

PANOPE

¡Ay Señor! Yo no sé lo que la leona está ahora meditando; pero...
de la horrible inquietud en que la miro, una furia mortal, un cruel despecho altera su belleza; y su tez cubre el color de la muerte macilentos; con cólera y furor de su presencia a Enone despidió; y ésta fue luego a arrojarse de el mar en lo profundo; no se sabe qué causa a un horrendo designio la ha obligado; mas las ondas la han sumergido a nuestros ojos mesmos...

TESEO

¡Qué es lo que escucho, Dioses Soberanos!
¡Ay de mí desdichado!

PANOPE

Este suceso no ha calmado a la Reyna, antes parece que su inquietud se aumenta por momentos; algunas veces por templar su angustia dice que quiere ver sus hijos tiernos; los mira, los abraza y los inunda en el llanto que vierte sobre ellos; pero de allá a un instante la abandona aquel dulce y materno sentimiento,

y con violenta mano los rechaza
y desvía de sí como con tedio;
camina incierta sin saber adónde;
sus ojos vacilantes y perplexos
a ninguno conocen; por tres veces
se puso ahora a escribir con grande empeño,
y otras tantas rompió lo que había escrito;
¡ay Señor!, por los Dioses, id vos mismo,
dignaos de socorrerla.

TESEO

¡Cielos Santos,
se mata Enone con furor violento!
¿Y Fedra morir quiere? ¡Ah!, que me llamen,
que venga mi hijo aquí; ya estoi dispuesto
a escuchar sus defensas; tú Neptuno,
no precipites ahora tus funestos
cruels beneficios, aunque nunca
vuelvas a oír con atención mis ruegos;
yo he creído quizá muy fácilmente
testigos poco fieles, y muy presto
hacia a ti levanté mis cruels manos;
¡qué feroz será, Dioses, mi despecho
si se cumplen mis votos!

(Vase PANOPE.)

Scena VI

TESEO y TERAMENE.

TESEO

Teramene,
¿adónde mi hijo está? Yo a tu leal zelo
le confié; pero dime, ¿de qué nace
ese llanto que triste estás vertiendo?
¿Dónde Hipólito está?

TERAMENE

¡Cielos sagrados!
¡Qué afanes tan tardíos y superfluos!
¡Terneza inútil! ¡Vanas atenciones!
¡Ya Hipólito murió!

TESEO

¡Dioses eternos!

TERAMENE

Yo he visto perecer el más amante
de todos los mortales y aún me atrevo
a decir al más puro e inocente.

TESEO

¡Ya Hipólito murió! ¿Qué es esto, Cielos?
¿Quando mi amor le abría ya mis brazos
para abrigarle en mi paterno seno
su muerte precipitan? Pero dime,
¿cómo ha sido este golpe tan funesto?

TERAMENE

Salimos por las puertas de Trecena,
Hipólito en su carro iba suspenso,
los Guardias que le cercan le acompañan
imitando su lúgubre silencio;
caminaba confuso, y a Emizeras
sus tristes pasos iba dirigiendo;
su mano abandonada, desmayada,
las riendas que pendían sin esfuerzo
sobre la crespá crin de sus caballos;
estos caballos vivos y sobervios,
que llenos de un ardor noble y fogoso
obedecían de su voz al eco,
con veloz prontitud, ahora abatidos
con ojos mustios, con caído cuello
parecían que se iban conformando
con las tristes ideas de su dueño.
En este instante un grito pavoroso
que del fondo del mar salió violento,
turba el quieto reposo de los aires,
y otra voz formidable que del seno
de la tierra salía, le responde
con espantosos hórridos acentos;
al oírlo la sangre en nuestras venas
se yela de temor y desaliento;
la crin se les eriza a los caballos,
y poco a poco sobre el campo terso
del mar undoso, una húmeda montaña
se va elevando, y crece en poco tiempo;
la ola se acerca, choca, se revienta,
y allí vomita a nuestros ojos mismos
un monstruo formidable; su ancha frente

está armada con puntas, su gran cuerpo
se juzga invulnerable, pues le cubre
las escamas y conchas; y hecho a un tiempo
impetuoso dragón, todo indomable,
su cola enrosca en mil giros diversos;
sus furiosos horrísonos bramidos
retumban en la orilla, y hasta el Cielo
ve con horror un monstruo tan horrible;
tiembla la tierra, se estremece el viento;
la ola que le cargó ceja espantada;
todos huyen medrosos y dispersos,
y sin armarse de valor inútil
buscan asilo en el vecino Templo;
sólo Hipólito, sólo aquel glorioso
hijo digno de un Héroe se está quieto,
detiene sus caballos atrevidos,
toma sus armas, busca al monstruo fiero,
y disparando con segura mano
un dardo contra él, le abre en el seno
una profunda y dilatada herida;
el monstruo da bramido, y aún más recios;
y sensible al dolor, lleno de rabia
al pie de los caballos cae luego;
se rebuelca, y furioso les presenta
una boca inflamada, cuyo aspecto
los llena de terror, y en un instante
los cubre de humo, espuma, sangre y fuego;
entonces el temor nos arrebata,
corren precipitados, y ni el freno
ni la voz les detiene; su triste Amo
se consume en inútiles esfuerzos;
mas los caballos con espuma roja
el bocado ensangrientan siempre huyendo;
aún se dice que un Dios cruel e irritado,
los iba allí picando, y así el miedo
que entre aquella roca los despedaza,
cruge el eje, se rompe, y el excelso,
el intrépido Hipólito, su carro
ve volar por el aire ya desecho
en menudas astillas, al fin cae
enredado en las riendas; ¡o tormento!
Excusad mi dolor, esta terrible
imagen cruel sera para mi afecto
eterno origen de un amargo llanto;
yo vi, Señor, yo vi con dolor fiero
arrastrar a vuestro hijo por los propios

caballos que criado había él mismo,
él quiere detenerlos y les grita,
pero su misma voz les da más miedo,
se precipitan más desenfrenados,
y el cuerpo de aquel Héroe en breve tiempo
se hace todo una llaga; aquellos campos
resuenan con las voces y los ecos
de nuestros tristes gritos; finalmente
cede de los caballos el aliento,
y se paran no lejos de esas tumbas,
en donde de los Reyes sus abuelos
yacen depositadas las reliquias;
corre a encontrarle mi angustiado zelo,
la guardia me acompaña, y es su sangre
el rastro que dirige el paso nuestro;
las rocas, y peñascos que pasamos
de un roxo color están cubiertas,
y los abrojos que aún goteando estaban
nos mostraba sus míseros cabellos;
llego por fin, le llamo por su nombre,
él me tiende la mano, y abre tierno
sus moribundos ojos que al instante
cierra otra vez y dice: amigo, el Cielo
una inocente vida va a quitarme;
después que yo fallezca sirve atento
a la infeliz Aricia, y si mi padre
mi inocencia algún día conociendo
compadece de un hijo la desgracia,
dile, querido amigo, con respeto,
que para apaciguar mi triste sangre
y a mi sombra doliente dar consuelo,
trate con más dulzura a su cautiva,
que le vuelva piadoso... A estos acentos
el Héroe expira, y no dexa en mis brazos
más que un cuerpo disforme, triste objeto
en que triunfa la saña de los Dioses
con cruel afán, y que los ojos mismos
de su padre infeliz desconocieron.

TESEO

¡O hijo querido mío! ¡O hijo tierno
de que yo por mi mano me he privado!
Dioses terribles, que mis votos necios
cruelmente habéis oído: ¿a qué mortales
disgustos reserváis mi triste aliento?

TERAMENE

En el instante llega la inocente
y temerosa Aricia, a la que huyendo
de vuestra ira, Señor, venía a aceptarlo
por esposo en aquel sagrado Templo;
se acerca presurosa y ve la yerva
que humea con la sangre; mira luego,
(¡qué objeto, Santo Dios, para los ojos
de una infeliz muger que está queriendo!)
mira a Hipólito yerto, y estendido
sin forma de color por algún tiempo;
duda de su infortunio, no conoce
al Héroe que idolatra; le está viendo,
y pregunta por él; pero al fin, cierta
de que es su esposo aquel cadáver yerto
con una triste y pavorosa ojeada
acusa la barbarie de los Cielos,
y cae el pie de su infeliz amante
desmayada, sin fuerza y sin aliento;
la fiel Ismenia que a su lado estaba
anegada en su llanto, corre luego,
y en sí la hace volver; más que a la vida
evoca su sentido a los lamentos;
y detestando yo la luz del día,
a deciros, Señor, vengo corriendo
la voluntad postrera de aquel Héroe,
y a cumplir el encargo lastimero,
con que su corazón ya moribundo
sobre mí reposó... pero a este puesto
se dirige su bárbara enemiga.

Scena VII

TESEO, FEDRA, TERAMENE, PANOPE y Guardia.

TESEO

Ya por fin se ha logrado vuestro anhelo,
ya Hipólito murió; ¡ah!, ¡qué razones
tengo de desconfiar, cómo un recelo,
una sospecha cruel, y bien fundada
lo justifica y me debora el pecho!
Pero, por fin Señora, ya ha espirado;
gozad del fruto cruel de vuestro ceño,
y os consuele su trágico desastre
legítimo o injusto; yo consiento

en que mis ojos siempre estén cerrados,
y quiero persuadirme a que era reo,
pues que vos lo ocultáis, al llanto mío
su muerte ofrece suficiente objeto,
sin que emprenda buscar luces odiosas,
que no siendo capaces de volverlo
a mi justo dolor, sólo serían
capaces de aumentarme los tormentos;
dexadme pues, que lexos de esta orilla
me parece que todos ven con tedio
mi injusticia cruel; mi grande nombre
de mi dolor aumentan lo violento,
pues menos conocido, lograría
ocultarme mejor del Universo;
estoy aborreciendo hasta el cuidado
con que me honran los Dioses, y voy luego
a llorar sus mortíferos favores
sin fatigarlos con mis tristes ruegos;
por más que hagan por mí, ya no me pueden
valer los que tiranos y sangrientos
me han quitado hasta el ser.

FEDRA

Teseo, oídme.

Ya es tiempo de que rompa mi silencio,
y de que al fin mi injusto labio aclare
la inocencia y candor del hijo vuestro,
él no era delincente.

TESEO

¡Infeliz padre!

Sólo por vos le condené severo;
inhumana, pensáis que ahora os disculpa...

FEDRA

Mirad que son preciosos los momentos;
escuchadme Teseo: yo soy sola
quien sobre tu hijo casto y de honor lleno
eché profanos e incestuosos ojos,
el Cielo puso en mi infelice pecho
una funesta llama; la impía Enone
conduxo lo demás; tube recelo
de que Hipólito fuera a descubriros
todo el horror de mis infames fuegos;
la malvada, abusando de la extrema
flaqueza en que me vio, logra el momento,

y se adelanta pérfida a acusarlo;
ella se dio el castigo de su exceso;
en el mar por huir de sus furores
se dio muerte, aunque dulce, y ya el azero
hubiera terminado mi destino,
sino hubiera pensado que muriendo
dexaba sospechada a la inocencia;
por eso quise a vuestros ojos mismos
exponer mi delito, y al sepulcro
baxar por un camino aunque más lento;
ya he bebido, Señor, ya está en mis venas
un horrible mortífero veneno
que hasta aquí trajo Medea; ya ha llegado
hasta mi corazón su altivo esfuerzo
y en él derrama un frío que le yela,
ya no puedo mirar sino entre velos
al Cielo y al esposo, a quienes sirve
de ultrage mi presencia; y ya extinguiendo
las luces de mis ojos la cruel muerte
al día restituye el puro aliento
que infestaba lo atroz de mis delitos.

PANOPE

¡Ay Señor, que ya espira!

TESEO

Justos Cielos,

¿por qué también no espira con su vida
la memoria de un hecho tan perverso?

FIN